

## 5. GEÓGRAFOS Y GEOGRAFÍA EN EL IMPERIALISMO MACEDONIO: AUTOPSIA VS TRADICIÓN

*«Que Alejandro se contente con llevar sus conquistas hasta allí donde el mundo se contenta con tener luz. Dentro de los límites de estas tierras Hércules se hizo merecedor del cielo. El mar permanece inmóvil y cual masa inerte de la naturaleza parece desvanecerse en sus confines; hay formas desconocidas y espantosas, monstruos enormes incluso para el Océano, a los cuales alimenta esta vasta inmensidad; la luz queda velada por una densa niebla y el día se ve interrumpido por las tinieblas; el mar mismo es pesado y fijo, y no hay estrellas o son desconocidas. El mundo es tuyo, Alejandro. Al final de todo, el Océano; al final del Océano, nada» (SÉNECA, Suasoria 1).*

*«...experiencias propias de la expedición de Alejandro: tormentas, sequías, ríos profundos, cimas sin aves, espectáculos prodigiosos de fieras, formas salvajes de vida, cambios de poderes y dobles traiciones» (PLUTARCO, Moralia 327C).*

Una de las mayores paradojas existentes en la historiografía moderna que investiga la geografía griega, y la antigua en general, es considerar la expedición de Alejandro de Macedonia como vital para la ampliación del conocimiento del mundo<sup>1</sup> y, al mismo tiempo, pensar que los historiadores que le acompañaron se limitaron a seguir la tradición en sus obras<sup>2</sup>. Si la innovación no está presente en los hombres que escribieron sobre las nuevas tierras ¿dónde debe buscarse? La paradoja se hace todavía mayor cuando leemos que Alejandro Magno fue el explorador

---

1 D'HOLLANDER, R., *Sciences géographiques dans l'antiquité*, París, Association Française de Topographie 2002, p. 88; ALBADALEJO VIVERO, M., *La India en la literatura griega. Un estudio etnográfico*, Alcalá de Henares 2005, p. 55; GUZMÁN, C., y PÉREZ MOLINA, M. P., «Alejandro Magno: asuntos científicos», en *KOINÒS LÓGOS. Homenaje al profesor José García López*, Murcia 2006, p. 803-816; p. 803.

2 PÉDECH, P., «Le paysage dans les historiens d'Alexandre», *QS* 3, 1977, p. 119-131; BUNBURY, E. H., *History of Ancient Geography among the Greek and Romans from the earliest Ages till Fall of the Roman Empire*, I, Nueva York, 1879, p. 574; PEARSON, L., *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York-Oxford 1960, p. 13; ALBADALEJO VIVERO, M., *op. cit.*, p. 56.

responsable de dicha revolución<sup>3</sup>, pese a no haber escrito nada en su vida. Las enseñanzas de Aristóteles habrían sido las responsables de que el joven macedonio tuviese dicha inclinación por la ciencia<sup>4</sup>. No obstante, la ascendencia de Aristóteles sobre el más célebre de sus alumnos ha sido ampliamente sobrevalorada por una parte de la historiografía moderna, especialmente la alemana. Para estos autores vincular al maestro que conquistó el mundo del espíritu y al discípulo que sometió al gigante persa es una tentación demasiado grande<sup>5</sup>.

En sí mismo Alejandro fue una contradicción como viajero y como geógrafo, pues al contrario que otros griegos, como Odiseo, ni extraña su hogar ni desea volver a casa. Su naturaleza queda definida por su avance continuo, no busca el camino de regreso. De igual modo, su faceta como geógrafo está truncada, pues si el geógrafo se define por lo que ve, debe de recordarse que la contemplación de Alejandro quedó interrumpida por la rebelión de sus tropas. Es un geógrafo que ve mientras conquista, y puesto que no pudo conquistarlo todo, no pudo verlo todo. Siglos después sus admiradores intentaron resolver este contratiempo modificando el espacio o haciéndole traspasar las fronteras divinas y humanas<sup>6</sup>. Ahora bien, el deber de un historiador es escuchar los hechos y no los corazones: ¿Fue realmente Alejandro de Macedonia el responsable de algún avance en el conocimiento del espacio? Es una pregunta que es necesario plantearse, antes que darla por respondida.

### ALEJANDRO GEÓGRAFO (356-323 a.C.)

Uno de los elementos que sustentan esta interpretación es un texto de Plinio el Viejo donde se dice que Alejandro encargó a Aristóteles la redacción de su *Historia de los animales* y que, además, enviaba las criaturas que encontraba a su maestro, lo que habría posibilitado que realizase la disección de un elefante:

---

3 VAN PAASSEN, C., *The classical tradition of geography*, Groningen 1957, p. 263-264; BENOIST-MÉCHIN, J., *Alexandre le Grand ou le rêve dépassé*, Lausana 1964, p. 148; DILKE O. A. W., *Greek and Roman Maps*, Londres 1985, p. 59; BODSON, L., «Alexander the Great and the scientific exploration of the oriental part of his empire. An overview of the background, trends and results», *AncSoc* 22, 1991, p. 129; AERTS, W. J., «Alexander the Great and Ancient Travel Stories», en MARTELS, Z. von (ed.), *Travel Fact and Travel Fiction. Studies on Fiction, Literary Tradition, Scholarly Discovery and Observation in Travel Writing*, Leiden-Nueva York-Colonia 1994, p. 31; STARK, F., *La ruta de Alejandro*, Barcelona 2000, p. 21.

4 FULLER, J. F. C., *The generalship of Alexander the Great*, Londres 1958, p. 57; FOX, R. L., *Alexander the Great*, Londres 1973, p. 47; SCULLARD, H. H., *The elephant in the greek and roman world*, Cambridge 1974, p. 50; RITTI, T., «Las exploraciones geográficas», en BIANCHI BANDINELLI, R., (Ed.) *Historia y civilización de los griegos*, IX, Barcelona 1983, p. 164; FAURE, P., *Alexandre*, París 1985, p. 174; BOSWORTH, A. B., *Alejandro Magno*, Cambridge 1996, p. 27, muestra alguna duda al respecto; FISCHER-FABIAN, S., *Alexander: der Traum von Frieden der Völker*, Lübbe 1994, p. 44; CARATINI, R., *Alejandro Magno*, Barcelona 2000, p. 75; STONEMAN, R., *Alexander the Great*, Londres, Lancaster Pamphlets 1997, p. 14; GUZMÁN GUERRA, A., y GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Alejandro Magno de la Historia al mito*, Madrid, Alianza 1997, p. 49-50; GEHRKE, H. J., *Alejandro Magno*, Madrid 2001, p. 25; ALVAR, J., «Alejandro, explorador y hombre de ciencia», en *Alejandro Magno. Hombre y mito*, Madrid, Actas 2000, p. 84. Cf. THOMSON, J. O., *History of Ancient Geography*, Nueva York 1965, p. 124, se muestra más escéptico sobre la contribución de Alejandro a la geografía.

5 HEGEL, W., *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal*, Madrid, Alianza 1989, p. 488; DROYSEN, J. G., *Alejandro Magno*, Méjico, FCE 1988, p. 64; WILAMOWITZ-MOELLENDORF, U. V., *Aristoteles und Athen*, I, Berlín 1883, p. 335-339; p. 337; JAEGER, W., *Aristóteles. Bases para la historia de su desarrollo intelectual*, Méjico, FCE 1993, p. 141-145.

6 En la leyenda del Pseudo-Calístenes puede encontrarse a un joven Alejandro que movido por su curiosidad, cruza los cielos en un carro tirado por grifos (II 41) o se adentra en el océano en una urna de cristal (II 38).

«El rey Alejandro, inflamado con el deseo de conocer la naturaleza de los animales y dado el encargo a Aristóteles, primera autoridad en todas las ciencias, que la escribiese, mandó que le obedeciesen algunos millares de hombres por todas partes de Asia y Grecia. Así de los que vivían de pesca y caza de animales terrestres, ganados y colmenas; además de estanques de peces y jaulas de aves, de manera que de ningún caso se le escapara nada. Con estas investigaciones escribió aquellos excelentísimos cincuenta libros de animales» (PLINIO, NH VIII 17.44).

Aunque, curiosamente, en otra parte de su *Historia natural*, Plinio dice con rotundidad que los macedonios no dieron nombre a muchas de las nuevas especies de árboles que se encontraron<sup>7</sup>, (lo que entraría en contradicción con el análisis sistemático del que se nos hablaba con anterioridad), son muchos los historiadores que han dado crédito a este texto. El apoyo de Alejandro no habría sido solamente económico<sup>8</sup>, sino que además habría enviado a Aristóteles las especies más asombrosas que se encontró en sus viajes, lo que permitió al filósofo realizar la disección de un elefante indio (Cf. *Supra*. p. 111-112). Incluso la leyenda dice que habría mantenido un intercambio postal con su maestro, *Epistola Alexandri ad Aristotelem*, en el que le explicaba las distintas criaturas que poblaban la indómita India<sup>9</sup>. Pero, en realidad, no existen pruebas que sostengan una idea semejante, y no parece concebible que Alejandro continuara sus relaciones con su maestro mandándole en paquetes las especies más exóticas de la India tras su distanciamiento por la muerte de su sobrino, Calístenes<sup>10</sup>. Además, el hecho de que las únicas fuentes que defienden la ayuda de Alejandro al Estagirita estén cercanas a la leyenda de Alejandro resta todavía más credibilidad a esta afirmación<sup>11</sup>, que sorprendentemente es apoyada por varios investigadores<sup>12</sup>. Es más, en la actualidad son mayoría los expertos que piensan que la *Historia de los animales* vio la luz antes de la conquista de Asia, durante la estancia de Aristóteles en Asia Menor<sup>13</sup>, antes incluso de que llegase a Macedonia y conociese a su celeberrimo alumno.

Igualmente, entre la historiografía actual existe una idea muy extendida: la expedición alejandrina se hizo acompañar por un grupo de personas que recogían todos los datos de interés científico en un archivo<sup>14</sup>. Al parecer esto se produjo no sólo por deseo explícito del rey, sino que además se preocupó de encontrar tiempo para coordinar sus esfuerzos:

«Ni la declaración que hace Patrocles parece ser falsa, en la que cuenta que los hombres que acompañaron a Alejandro recogieron los detalles sobre la expedición

---

7 PLINIO, NH XII 25: «Genera arborum Macedones narravere maiore ex parte sine nominibus».

8 ATENEO IX 398e, mantiene que la *Historia Animalium* de Aristóteles fue financiada por Alejandro con 800 talentos, lo que es una verdadera exageración.

9 Cf. ROMM, J. S., «Alexander, biologist. Oriental monstrosities and the *Epistola Alexandri ad Aristotelem*», en *Postmodernism across the ages*, Syracuse University Press 1993: «We should nevertheless bear in mind that it was part of a much larger epistolary tradition focused on the scientific partnership of Alexander and Aristotle» (p. 39).

10 CHROUST, A. H., «Aristotle and Callisthenes of Olynthus», *CF* 20, 1966, p. 35. Cf. ROMM, J. S., «Aristotle's elephant and the myth of Alexander's scientific patronage», *AJPh* 110, 1989, p. 566-575, niega que Alejandro financiase las investigaciones de historia natural de Aristóteles.

11 ROMM, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton 1992, 108ss.

12 Principalmente JAEGER, W., *op. cit.*, 1993, p. 378-379.

13 LEE, H. D. P., «Place-names and the Date of Aristotle's Biological Works», *CQ* 42, 1948, p. 61, destaca que la mayor parte de las descripciones autópticas de Aristóteles hacen referencia a su estancia en Aso y Mitilene; GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la filosofía griega. Vol.6 Introducción a Aristóteles*, Madrid, Gredos 1993, p. 43-44.

14 WIEMER, H.-U., *Alexander der Grosse*, Múnich, C.H.Beck 2005, p. 178.

*deprisa y corriendo, pero que, en cambio, el propio Alejandro se mostraba muy preciso, dado que los autores mejor documentados habían escrito para él un informe sobre la totalidad del territorio; y afirma Patrocles que el informe le fue entregado después a él por Jenocles, el tesoro» (ESTRABON II 1.6).*

Se le ha dado demasiada credibilidad a este texto de Estrabón<sup>15</sup>. En primer lugar ¿es fiable un autor que no acompañó en su viaje a Alejandro Magno hasta el extremo de hacernos suponer la existencia de algo, que nuestras demás fuentes no mencionan? ¿Por qué unos autores tan proliferos con todas las excelencias culturales de su mecenas se muestran tan silenciosos en una cuestión tan importante como sería la existencia de un archivo real y la participación personal del propio rey en su elaboración? Estrabón tiene que desmentir que la noticia fuese falsa, y su fe en ésta proviene seguramente del hecho que su fuente sea Patrocles. Un autor que se ganó la confianza del geógrafo de Amasia por compartir su opinión sobre el mar Caspio, es decir, que era un golfo del Océano.

Además, no debe ni sobredimensionarse ni exagerarse el contenido del archivo de Babilonia. Hay que tener presente que la obra de los bematistas no fue ajena a los mismos temas exóticos que los demás geógrafos del mundo antiguo (Cf. *Infra*. p. 129-130). No obstante, resulta difícil sostener que en el archivo de Babilonia pudiese guardarse toda la información que los macedonios recogieron en sus viajes, cuando sabemos que buena parte de la misma se quemó en el incendio de la tienda de Éumenes de Cardia (PLUTARCO, *Éumenes* 2.2-3).

En cierto modo, estas opiniones derivan de uno de esos extraños libros que por su calidad pueden seguir teniendo vigencia en nuestros días pese a ser centenarios, hablamos del *Botanische Forschungen des Alexanderzuges*, Leipzig 1903 de Hugo Bretzl. En esta obra se mantenía que los macedonios habían sido acompañados por un grupo de científicos que envió la información recogida durante el viaje a la escuela peripatética. Serían estos datos los que habrían permitido a Teofrasto escribir su *Historia de las plantas* (Cf. *Supra*. p. 118-119). Las ideas de Bretzl influyeron en Pfister<sup>16</sup>, quien llegó a defender la existencia de un archivo en Babilonia, donde toda la información recogida era depositada, y un segundo archivo en el Liceo.

En parte los historiadores del XIX y principios del XX tuvieron un ejemplo relativamente reciente a sus días en el que poder inspirarse, el cuerpo de científicos que había acompañado a Napoleón en Egipto. Si un conquistador se había hecho acompañar por sabios, ¿por qué no también el otro<sup>17</sup>? Nuestro punto de vista, es que no existió tal grupo de «científicos», al menos no dedicados exclusivamente a una tarea puramente intelectual. Su participación se debió a una variada serie de motivos que vamos a analizar a continuación.

En este grupo se encontraban ingenieros, médicos, poetas, historiadores y filósofos. Cada uno de los cuales desarrollaba un cometido concreto conforme los planes del rey. Pero de entre todos destaca un contingente conocido como los bematistas (PLINIO VI 61-62. Cf. PLINIO VI

---

15 ROMM, J. S., *op. cit.*, 1992, p. 97-99, cree que puede tratarse de un artificio para aumentar la credibilidad de su historia y diferenciarse de los otros autores, puesto que al derivar la información de Patrocles del archivo real, que había sido recogida con la participación de Alejandro, su historia es heredera del mismísimo macedonio; FRASER, P. M., «The World of Theophrastus», en *Greek Historiography*, Oxford 1994, p. 174-175.

16 PFISTER, F., «Das Alexanderarchiv und die hellenistisch-römische Wissenschaft», *Historia* 10, 1961, p. 30-67.

17 RUESTRA RODRÍGUEZ, J. L., *La concepción geográfica de C. C. Tácito*, Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid 1985: «Se puede decir que sus campañas por el aporte y caudal de datos que suministrará a la ciencia griega, sobre todo en su campo geográfico, serán tan fructíferas, como las que, siglos más tarde con sus campañas en Egipto, realizará otro gran hombre que quiso emularle, en la creación de otro Imperio Universal; Napoleón Bonaparte» (p. 48).

44-4; ESTRABÓN XV 2.8). Todo ejército que se precie debe contar con un grupo de expertos que desempeñen las funciones propias de la logística militar. De esta tarea se habrían encargado los bematistas, que, como su nombre indica, eran los encargados de medir las distancias, en número de pasos, que el cuerpo principal del ejército recorría cada día<sup>18</sup>.

Diogneto<sup>19</sup>, Betón<sup>20</sup> y Filónides<sup>21</sup> habrían sido los autores de una obra conjunta sobre las mediciones del imperio de Alejandro. No hay un título común para ésta, lo que ha sido considerado por algunos expertos como una evidencia de su carácter puramente científico. Estrabón cita la obra como Ἀστυατικοὶ Σταθμοὶ (XV 2.8) o Ἀναγραφή σταθμῶν (II 1.7; 1.8; XV 1.11), mientras que Ateneo (X 442b) lo titula Σταθμοὶ τῆς Ἀλεξάνδρου πορείας, de la que se habrían conservado algunos fragmentos en Plinio, Megástenes y Eratóstenes (ESTRABÓN XV 723), y en la que se debió haber registrado las distancias entre los distintos lugares del imperio macedonio. El que añadiesen en su informe datos sobre el clima, las fuentes de agua, los recursos alimenticios o costumbres locales son hipótesis razonables, pero no tenemos evidencias de que fuese así, puesto que no se ha conservado ningún ejemplo de ello en los textos, salvo en Amintas<sup>22</sup> cuya presencia, como miembro de los bematistas, no es segura. Y aunque así fuese, no es necesario suponer que actuasen con una finalidad puramente científica: 1) Estas informaciones podían ser útiles para el abastecimiento de cuerpos de tropas que se movían en territorios poco conocidos<sup>23</sup>. 2) Un conocimiento detallado del terreno significaba un dominio mayor del mismo, pues sabiendo cuáles eran las fuentes de riqueza de cada satrapía se tenía una idea más clara de los impuestos que se les podían imponer a sus súbditos o de los recursos de los que se disponían. Conquistar un territorio implicaba conocerlo. Resultando, por tanto, que la labor de los bematistas tenía, ante todo, una finalidad militar y administrativa.

Nos sorprende también que la obra de Diogneto y Betón se califique de informe puramente metrológico<sup>24</sup>, cuando sabemos que contenían historias como las de los *opistodáctilos*, hombres

---

18 PEARSON, L., «The diary and the letters of Alexander the Great», *Historia* 3, 1954-5, p. 439-443; PEARSON, L., *The Lost Histories of Alexander the Great*, Nueva York-Oxford 1960, p. 261, opina que los bematistas eran simplemente exploradores y rastreadores con algún conocimiento básico de geografía; PÉDECH, P., «L'expédition d'Alexandre et la science grecque», en Μέγας Αλέξανδρος: 2300 χρόνια από τον θάνατον του, Tesalónica 1980, p. 152; FRASER, P. M., *Cities of Alexander the Great*, Oxford Clarendon Press 1996, p. 78; AUBERGER, J., *Les historiens d'Alexandre*, París, Les belles lettres 2001, 2ª edición 2005, p. 40-61; BATTISTINI, O., «Bématistes», en *Alexandre le Grand. Histoire et Dictionnaire*, (Eds) Olivier Battistini y Pascal Charvet, París, Robert Laffont 2004, p. 594. Cf. HESQUIO, βηματίζει.

19 BERVE, H., *Das Alexanderreich auf prosopographischer Grundlage*, II, Múnich 1926, nº 271, p. 143. Cf. HIGINO, *Astronómica poética* II 30.

20 BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, nº 198, p. 99-100. Cf. PLINIO VI 69.

21 No aparece como βηματιστής sino como ήμεροδρομός en una inscripción hallada en Olimpia (*Sylloge* III 303; TOD *GHI* 188) lo que se considera un sinónimo. Como equivalente deben entenderse también las palabras de PLINIO VI 61: «*itinerum mensores*». Es identificado también con un Filónides que habría medido las distancias entre Sición y Elis (PLINIO II 181); Chipre (PLINIO V 129) y con otro personaje del mismo nombre honrado por la liga aquea (SEG XIV 375). Cf. BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, nº 800, p. 392; TZIFOPOULOS, I. Z., «Hemerodromoi» and Cretan «Dromeis»: athletes or military personnel? The case of the Cretan Philonides», *Nikephoros* 11, 1998, p. 137-170; CHANIOTIS, A., *War in the hellenistic world*, Oxford 2005, p. 48, quien lo relaciona con los célebres corredores de larga distancia cretenses.

22 Algunas fuentes hablan de un tal Amintas, que habría acompañado a Alejandro, como autor de los *Stathmoi* (ELIANO V 14; XVII 17; ATENEO II 67a; XI 500 d; XII 529 c), no obstante, no suele ser incluido entre los miembros de los bematistas. Cf. BERVE, H., *op. cit.*, I Múnich 1926, p. 51.

23 ENGELS, D. W., «Alexander's intelligence system», *CQ* 30, 1980, p. 328.

24 BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, nº 198, p. 99.

salvajes que tenían los pies del revés y que morían si respiraban otro aire que no fuese el suyo (PLINIO VII 11).

Nuestro desconcierto aumenta cuando comprobamos que Megástenes contó una historia similar<sup>25</sup>. La pregunta que surge entonces en nuestras mentes es: ¿Megástenes utilizó a los bematistas o fueron Diogneto y Betón quienes leyeron la obra del embajador seléucida? Si se adopta la primera posibilidad, Eratóstenes podría no haber usado directamente a Betón y Diogneto, sino a través de Megástenes. En el caso de que se aceptase la segunda, significaría que su obra debe datarse durante las guerras de los diádocos y, por lo tanto, las distancias habrían estado sometidas a las mismas manipulaciones y distorsiones que circularon en este período y al mismo amor por detalles fabulosos y ficticios, como prueba la historia de los *opistodáctilos*.

Otros integrantes de la expedición como médicos, ingenieros, artilleros, filósofos, poetas, habrían desempeñado distintos roles en la corte del macedonio, como sanadores, inteligencia militar o como propagadores de la nueva política religiosa de su rey<sup>26</sup>. No hay que olvidar que la presencia de estos intelectuales habría ayudado a reforzar la imagen de Alejandro como campeón del helenismo<sup>27</sup>.

En la misma línea podemos encontrarnos a un rey que actúa en ocasiones más por impulsos que por reflexión, como los primitivos héroes de la *Ilíada*. Es lo que ocurre con el conocido *póthos*<sup>28</sup> de Alejandro. Al igual que a los antiguos héroes, cuando fuerzas divinas se apoderaban de ellos nublándoles momentáneamente la razón, Alejandro se veía empujado a realizar acciones repentinas que llamaban poderosamente la atención de sus contemporáneos: siente deseos irrefrenables de ver el Danubio (ARRIANO I 3.6), de visitar Gordión (ARRIANO II 3.1), de fundar Alejandría (ARRIANO III 1.5), de tomar la Roca de Aornos (ARRIANO IV 28.4), de llegar al monte Meros (ARRIANO V 2.5), de navegar por los ríos Tigris y Éufrates (ARRIANO VII 1.1), de entrevistarse con los gimnosofistas (ARRIANO VII 2.2), de ver el mar (ARRIANO VII 16.2) y de bordear la franja costera que va desde la desembocadura del Indo hasta el Golfo Pérsico (ARRIANO, *Índica* 20.1).

Sin embargo, en muchos de estos episodios, puede encontrarse otra explicación además del deseo irracional de un explorador: El cruce del Danubio estuvo relacionado con la necesidad de asegurar la frontera norte antes de invadir Asia y de realizar sacrificios a Heracles<sup>29</sup>. El nudo

---

25 Cf. PLINIO VII 22; AULO GELIO IX 4.6.

26 Cf. MOLINA MARÍN, A. I., *Geógrafos y geografía en la empresa de Alejandro Magno*, Murcia 2007, p. 445-448.

27 FLOWER, M. A., «Alexander and Panhellenism», en *Alexander the Great in fact and fiction*, Oxford 2000, p. 96-135; ROISMAN, J., «Honor in Alexander's campaign», en *Brill's companion to Alexander the Great*, Brill 2003, p. 279-321.

28 Una excelente introducción sobre el *póthos* puede consultarse en SEIBERT, J., *Alexander der Grosse*, Darmstadt 1972, p. 183-186 y p. 299-300 y en la introducción del I volumen de la *Anábasis* de Arriano, Madrid, Gredos 1982, p. 58-61. Son clásicos los estudios de EHRENBERG, V., «Pothos», en *Alexander and the Greeks*, II, Basil Blackwell 1938, p. 52-61; MÉAUTIS, G., «Recherches sur l'époque d'Alexandre», *REA* 44, 1942, p. 300-308; CASTIGLIONI, L., «Decisa Forficibus VII: XLIII», *RIL* 83, 1950, p. 41-45; MONTGOMERY, H., *Gedanke und Tat. Zur Erzählungstechnik bei Herodot, Thukydides, Xenophon und Arrian*, Estocolmo 1965, p. 162-233; GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre (336-270av. J.C.)*. I. *Les origines politiques*, Nancy 1978, p. 173-174; GUZMÁN GUERRA, A., «El Póthos de Alejandro y el diccionario griego-español», en *ATHLON. Saturata Grammatica In Honorem Francisci R. Adrados*, Madrid, Gredos 1984, p. 199-204.

29 BOSWORTH, A. B., *A historical commentary on Arrian's history of Alexander. Vol I: Commentary on books I-III*, Oxford Clarendon Press 1980, p. 57.

gordiano se explica a partir de la leyenda del rey Midas que tenía gran importancia en Macedonia<sup>30</sup>. El oráculo de Siwah fue el cenit en la deificación de Alejandro<sup>31</sup>. La expedición en busca de las fuentes del Nilo pudo ser en realidad una campaña militar para asegurar la frontera con Nubia<sup>32</sup>. La invasión de la India y la toma de la Roca Aornos se deben a su emulación de Diónisos y Hércules<sup>33</sup>. Las exploraciones que se emprendieron poco antes de su muerte, tenían como objetivo último obtener información para las futuras conquistas de Arabia y el Caspio (Cf. *Infra*. p. 158-159).

Por último, encontramos en nuestras fuentes algunos casos, como el de las fuentes del Nilo, en los que el propio Alejandro Magno aparece cuestionándose algunos de los problemas geográficos que más intrigaron a los griegos (ARRIANO VI 1.2-3; ESTRABÓN XV 1.25). La cuestión es tratada por Arriano y Estrabón, cuya fuente común es Nearco. Llama poderosamente la atención el hecho de que ambos autores digan que Alejandro llegó, personalmente, a la conclusión de que el Nilo y el Indo eran el mismo río, simplemente a partir de las similitudes que presentaban en su diversidad biológica<sup>34</sup>, «las habas»<sup>35</sup> y en su desembocadura<sup>36</sup>. Resulta llamativo que un alumno de Aristóteles tuviese que devanarse la sesera para concebir algo que su maestro le podría haber dicho (Cf. ARISTÓTELES, *fr.* 248). Es muy probable que Nearco hubiese querido adornar su narración, presentando al rey como el descubridor de este dato.

Pero volvemos a encontrarnos ante una situación idéntica cuando los macedonios se preguntan si el mar Caspio era un mar interior o un golfo del océano<sup>37</sup>. Hay una diferencia entre esta historia y la anterior, pues se especifica que Alejandro se hizo acompañar «de lo más selecto de sus fuerzas» (τῆς ἀκραισιότατης δυνάμεως), lo que indica que entre los soldados también debía de encontrarse la cúpula del ejército. No es, por tanto, una mera curiosidad del monarca, sino una cuestión de estado. ¿Y cómo podía ser una decisión política el saber si el Caspio era un golfo o un mar interior? El rey macedonio era el general de sus tropas y, en consecuencia, tenía la última palabra sobre la ruta y la orografía de las tierras donde se adentraban, por lo que es natural que aparezca en la discusión sobre el Nilo o el Caspio.

El papel de Alejandro como conductor de hombres queda reflejado en este texto, donde sus hombres temen que no podrán regresar si el macedonio muere por sus heridas:

---

30 FREDRICKSMEYER, E. A., «Alexander, Midas and the oracle at Gordium», *CPh* 56, 1961, p. 160-168.

31 EDMUNDS, L., «The religiosity of Alexander», *GRBS* 12, 1971, p. 363-391; p. 379; BOSWORTH, A. B., «Alexander and Ammon», en *Greece and the Eastern Mediterranean Ancient in History and Prehistory* (studies presented to Fritz Schachermeyr), ed. K. Kinzl, Berlín 1977, p. 67; FREDRICKSMEYER, E. A., «Alexander, Zeus Ammon and the conquest of Asia», *TAPA* 121, 1991, p. 199-214; p. 205-206.

32 BURSTEIN, S. M., «Alexander, Callisthenes and the sources the Nile», *GRBS* 17, 1976, p. 144.

33 BOSWORTH, A. B., *Alexander and the East. The tragedy of triumph*, Oxford 1996, 98ss.

34 Escílax de Carianda había dicho con anterioridad que el Nilo era el único río en el que habitaban los cocodrilos (HERÓDOTO IV 44). Sobre el conocimiento de Escílax por los geógrafos de Alejandro. Cf. *Supra*. p. 87-88.

35 Lo que las fuentes llaman habas es la flor de loto, una planta que los griegos consideraban autóctona del Nilo, pero que en realidad fue importada por los persas de la India. Cf. BOSWORTH, A. B., «Aristotle, India and the Alexander Historians», *Topoi: Orient-Occident* 3, 1993, p. 414-415. El loto ya había sido descrito por HERÓDOTO II 92.

36 Las fuentes comparan frecuentemente el delta del Indo con el del Nilo: ESTRABÓN XV 1.13; XV 1.33.

37 PLUTARCO, *Alex* 44.1-3. Cf. GONZÁLEZ PONCE, F. J., «(Alex, 44,1) como error en el conocimiento geográfico de Plutarco», en *Estudios sobre Plutarco: ideas religiosas: actas del III Simposio Internacional sobre Plutarco*, Oviedo 1994, p. 671-680. Defiende que este error se debería a la aceptación de la opinión tradicional vigente en su época como reflejo de la concepción hodológica del espacio, es decir, una concepción unidimensional, en la cual el espacio es una simple línea que une dos puntos, el de partida y el de llegada.

*«Veían como cosa incierta el regreso a casa sanos y salvos, rodeados como se hallaban ahora por tantos pueblos belicosos que les cerraban el paso, de los cuales, unos aún no les estaban sometidos, es más parecían estar dispuestos a luchar bravamente por defender su libertad; y otros, a buen seguro, en seguida se sublevarían, al desaparecer con Alejandro el miedo que éste provocaba en ellos. Aún más, creían que se hallaban ahora en medio de ríos infranqueables, y en suma, sin Alejandro todo se les hacía dificultades insolubles e irremediables» (ARRIANO VI 12.2).*

Alejandro era el guía de su pueblo, tarea que le correspondía en su faceta de rey y general, y, en consecuencia, también era el encargado de conocer el espacio por el que debía conducir a sus hombres<sup>38</sup>. Pero esto no implica que tenga que ser comparado con un explorador, ni mucho menos con un geógrafo como defienden algunos investigadores. Y si tuvo que interrogarse por algunas cuestiones geográficas fue debido a la estrecha relación existente entre el expansionismo bélico y el conocimiento del espacio. Una realidad, que por el principio de la autopsia, convertía a cualquier general preocupado por conocer el terreno donde se movían sus tropas en un verdadero experto frente al geógrafo de gabinete.

## LOS GEÓGRAFOS DE ALEJANDRO

Bajo esta denominación agrupamos a los hombres que escribieron sobre los acontecimientos de la campaña asiática y que, probablemente, conocieron directamente al conquistador macedonio: Calístenes, Onesicrito, Nearco, Ptolomeo, Cares de Mitilene, Efipo de Olinto, Clitarco, Aristóbulo, Policlito, Megástenes o Jerónimo de Cardia. A excepción de Calístenes, ninguno de los historiadores de Alejandro recibió el encargo de escribir una historia oficial de la campaña. La razón se encuentra en que no eran hombres versados en las letras. Pero, entonces ¿por qué comenzaron a escribir, tantos y tantos relatos en tan pocos años? No hay una única razón. La epopeya alejandrina abrió nuevos horizontes a los griegos, y por primera vez las provincias orientales del Imperio Persa eran vistas por los ojos de los occidentales. Se trataba de tierras como la India, Arabia o Etiopía que siempre habían despertado una gran pasión en los corazones de los helenos. Ahora tenían la oportunidad de escuchar los relatos de hombres que habían estado allí. No hay que olvidar que el ser testigo ocular de los acontecimientos era lo que realmente acreditaba a un historiador para escribir sobre algo, antes que su propia habilidad con la pluma. No obstante, el ver y el saber en griego antiguo son un mismo verbo<sup>39</sup>. La «autopsia» era el principio de autoridad por excelencia y todavía sigue pesando mucho en la historiografía moderna.

Concedores de la curiosidad que despertaban las tierras a las que habían llegado, pudieron haberse envalentonado a hacer sus primeros pinitos literarios. Pero la expedición de los macedonios no fue solamente diferente del resto por haber llegado a tierras inexploradas. Los griegos eran conscientes de estar viviendo tiempos nuevos. No hay fuentes que reflejen qué impresión les causó la destrucción del imperio aqueménida por Alejandro Magno, pero no pudo ser muy diferente al asombro que todavía sigue despertando en nosotros<sup>40</sup>. Una evidencia es que trans-

38 JACOB, Ch., «Alexandre et la maîtrise de l'espace. L'art du voyage dans l'Anabase d'Arrien», *QS* 34, 1991, p. 5-40; ha expuesto muy convincentemente esta faceta de Alejandro como conductor de hombres.

39 VERNANT, J-P., *El hombre griego*, Madrid, Alianza 1991, p. 22.

40 Cf. ESQUINES, *Contra Ctesifonte* 164, nos muestra su sorpresa por la victoria sobre Darío o porque: «Alejandro se había desplazado casi más allá de la Osa y de toda tierra habitada».

curridos casi 2400 años se discutan aún los detalles de la conquista. Estos escritores noveles habrían querido por una parte hablar de la figura de su rey con el que compartieron diversos grados de familiaridad y, además, mostrar su papel en la consecución de la empresa. Era una manera de cubrirse de gloria entre sus compatriotas.

Otro motivo que apuntamos se encuentra en la propia naturaleza del mundo helenístico. Muerto el conquistador y finalizadas las primeras guerras entre los diádocos se establecieron nuevos estados, cuyos gobernantes tomaron la corona tras la muerte de Alejandro IV (309 a.C.). Carentes de legitimidad, dependían en buena medida de sus éxitos militares y del apoyo de sus tropas. Los nuevos monarcas paliaron sus escasos derechos al trono de dos maneras, la primera fue una participación activa en las batallas, la segunda la propaganda, que fue un instrumento de enorme valor para acrecentar los derechos sucesorios de los generales y menoscabar los de sus rivales. Alejandro les había mostrado en vida cuán útil podía resultar rodearse de hombres de letras. El controlar la opinión pública podía ser sumamente provechoso si se quería minar la autoridad de generales demasiado poderosos (Parmenión), presentar a sus enemigos como cobardes (Darío) o justificar injustificables asesinatos (Clito). Reyes como Ptolomeo emplearon con éxito la propaganda para asentar su poder aumentando sus lazos con la casa real macedonia<sup>41</sup>. Otros como Seleuco (APIANO, *Sobre Siria* 56) o Lisímaco (JUSTINO XV 4.2-7) se hicieron coronar por el propio Alejandro. También se empleó para acusarse mutuamente de haber envenenado al rey. La inesperada muerte del monarca levantó de inmediato sospechas sobre su causa<sup>42</sup>.

Otra peculiaridad, que ya hemos apuntado, fue que no se trataba de «profesionales», es decir que si los comparamos con Calístenes, eran por completo ajenos a estas lides. Esto es relativamente cierto, Aristóbulo era un «ingeniero», Nearco un «navegante», Onesícrito un «timonel», Ptolomeo un «militar» y Megástenes un «embajador». No obstante, el que una persona que no entrase dentro de la definición de intelectual puro escribiese sobre los acontecimientos de los que había sido testigo, no solamente no era raro, sino que era lo normal en el mundo antiguo. Tucídides era un «militar», y está considerado como uno de los historiadores más grandes de todos los tiempos. Reducir nuestras fuentes a un rol o un mero oficio es un craso error. Era muy común en el mundo antiguo, y sobre todo en época helenística, que un mismo personaje desempeñase distintas funciones a lo largo de su existencia: el mercenario que llegaba a viejo se convertía en granjero, algunos reyes como los de Esparta podían luchar eventualmente como mercenarios, los esclavos encabezar rebeliones (Andrisko) o los sabios luchar en los asedios de las ciudades (Arquímedes). El que Nearco sea recordado por su periplo o Aristóbulo por haberse encargado de la reconstrucción de la tumba de Ciro, tiene una razón muy simple, que ellos querían que se les recordase por ese motivo. De igual modo, Ptolomeo en su historia no destacó sus cualidades como faraón, sino como soldado (Cf. ARRIANO IV 24.3-4). Lo cierto es que nos enfrentamos a personajes muy complejos, con muchas apariencias. Por consiguiente, no debemos infravalorar los conocimientos de nuestras fuentes ni sobreestimarlos al dotarlos de cierta veracidad propia de quienes están relacionados con los oficios que actualmente se consideran más próximos a las ciencias exactas y, por lo tanto, más veraces.

---

41 Cf. COLLINS, N. I., «The Various Fathers of Ptolemy I», *Mnemosyne* 50, 1997, p. 436-476.

42 BOSWORTH, A. B., «The death of Alexander the Great. Rumour and propaganda», *CQ* 21, 1971, p. 112-136; quien considera que pudo ser envenenado; Cf. ENGELS, D. W., «A note on Alexander's death», *CPh* 73, 1978, p. 224-228, defiende muerte por malaria, enfermedad que Alejandro ya habría sufrido en Cilicia en Septiembre de 333 a.C., (p. 225) y que es habitual en recién llegados a regiones endémicas de esta enfermedad y en individuos castigados por la malnutrición, excesivo calor, fatiga o alcoholismo (p. 227).

Podría creerse, también, que estos autores no encajarían en un estudio de la geografía griega, pero una idea como ésta es errónea en el momento que se decide deslindar la geografía de las otras áreas del conocimiento (Cf. *Supra*. p. 18-32). Como hemos visto, un literato como Cicerón podía discutir con su amigo Ático sobre la conveniencia de escribir un tratado de geografía, porque creía que era lo propio de alguien como él<sup>43</sup>. Un «geógrafo» como Estrabón no fue ajeno a las obras «históricas»<sup>44</sup>. En otras palabras, como se viene diciendo recientemente, la geografía en la antigüedad no estaba desligada de la literatura<sup>45</sup>. Esto implicaba, en muchas ocasiones, que se debían seguir las pautas marcadas por la costumbre, si no se quería desentonar con la tradición. Una tradición que, como hemos visto a lo largo de este estudio, tuvo un peso desmedido en toda la historia de la civilización griega. Un historiador no era brillante por su ingenio o por la exactitud de sus datos, lo era ante todo por las fuentes de las que hacía gala y por demostrar que conocía las historias que se habían dicho sobre el tema del que debatía, tanto si las creía como si no. Recuérdense las palabras de Q. Curcio (IX 1.34): «*La verdad es que yo transcribo más cosas que las que en realidad creo, pues ni puedo afirmar cosas de las que dudo ni pasar por alto las que me han sido transmitidas*»; Plinio (VI 194-5): «*Reliqua deserta, dein fabula*» («*El resto son desiertos y después hay tierras legendarias*»); Estrabón (XVII 3.3).

En este sentido, debe reconsiderarse el anterior juicio de valor sobre nuestras fuentes por uno más positivo, puesto que su esfuerzo por conocer el legado literario griego fue considerable. Es más, no contentos con ello, intentaron resolver problemas geográficos que habían intrigado las mentes de los hombres más ilustres de Grecia antes de su viaje a Asia, como el origen de las crecidas del Nilo o la existencia de un mar interior en el Caspio. Su forma de teorizar se apoya en las similitudes faunísticas que existían entre un punto geográfico y otro, un modo de raciocinio propio de los seguidores de Aristóteles<sup>46</sup>, que pudieron haber adquirido durante el transcurso de la campaña. Si Ctesias era heredero de los geógrafos jonios, los «geógrafos» de Alejandro Magno lo son de la sofística y del emergente espíritu científico que nacerá con Aristóteles y sus seguidores<sup>47</sup>. Pero, por si esto no bastase, desafían algunas creencias de gran vigor entre sus compatriotas, aunque muy pocas, dando las suyas propias, como en lo concerniente a las habilidades para la natación del elefante (ESTRABÓN XV 1.43).

Nunca debe olvidarse que nuestras fuentes eran autores griegos que escribían para griegos, que si hubiesen reproducido literalmente concepciones sobre el judaísmo, las epopeyas hindúes o las religiones orientales serían para nosotros prototipos de la antropología moderna, pero para los suyos unos pésimos escritores. Puede concluirse que escribieron de la única forma que se lo permitían sus categorías mentales.

Si no dibujaron mapas de la tierra se debió a que era algo propio de especialistas, y no del gran público, a quien iban dirigidas sus obras<sup>48</sup>. Comprender un mapa requería una capacidad de abstracción que no todos los griegos podían tener. Además, nuestros autores, como seguidores

---

43 CICERÓN, *Cartas a Ático* II 4.3; II 6.1; II 7.1.

44 ENGELS, J., «Die Geschichte des Alexanderzuges und das Bild Alexanders des Grossen in Strabons Geographika. Zur interpretation der Augusteischen kulturgeographie Strabons als quelle seiner historischen auffassungen», en W. Will (ed.), *Alexander der Grosse: Eine Welteroberung und ihr Hintergrund*, Bonn 1996, p. 131.

45 ROMM, J. S., *The Edges of the Earth in Ancient Thought*, Princeton 1992, p. 3; DIHLE, A., «The conception of India in Hellenistic and Roman literature», en *Antike und Orient. Gesammelte Aufsätze*, Heidelberg 1984, p. 91.

46 GEUS, K.L., «Space and Geography», en *Hellenistic World*, Oxford 2003, p. 242.

47 KARTTUNEN, K., *India and the hellenistic world*, Helsinki 1997, p. 96.

48 Cf. POLIBIO III 36-38, recomendaba no hacer demasiado farragosas las descripciones geográficas para que el lector no se perdiese en su lectura.

de la forma de historiar de Heródoto, podrían haber compartido su desprecio por los antiguos mapas de la tierra de los jonios, como el de Hecateo de Mileto. Es incluso muy probable que entre los miembros de la expedición circulase un epítome de las *Historias* de Heródoto, encargado a Teopompo por Filipo II, lo que justificaría su apego por el historiador de Halicarnaso<sup>49</sup>. Su ausencia respondería tanto a cuestiones ideológicas como a las carencias de su formación.

Sin embargo, la valoración que tuvo la posteridad de los geógrafos de Alejandro fue muy negativa. Por un lado, autores como Eratóstenes les acusaron de haber alterado la geografía de Asia para enaltecer a su rey, y Estrabón los nombra entre los mayores fabuladores que han escrito sobre la India (ESTRABÓN II 1.9). Pero Estrabón, como todos los autores antiguos que los criticaron, se vio obligado a utilizarlos al ser la única fuente disponible para describir esa zona de Asia, y, como él mismo dice, por no ser falsas todas las cosas que contaban: «*Sin embargo, algunas de las cosas que cuenta son verosímiles y dignas de mención, por lo que no hay que pasarlas por alto incluso aunque no se les dé crédito*»<sup>50</sup>.

Pero nosotros tenemos una concepción muy distinta de la de Estrabón sobre lo que debe o no debe ser tenido en cuenta. Por lo que hay que tener muy presente que muchos aspectos tratados en las obras de los geógrafos de Alejandro no han llegado hasta nosotros, simplemente, porque autores del Imperio Romano las consideraron carentes de todo interés.

El orden en que escribieron es muy difícil de recrear en su totalidad. El primero en hacerlo fue Calístenes, cuya obra cubrió el período comprendido hasta el 328-7 a.C. Si como se piensa, parte de la misma fue publicada periódicamente en Grecia, su influencia sobre la primera generación de historiadores debió de ser enorme. Al existir un relato oficial del evento, era más difícil para los que continuasen su labor divergir de lo dicho por el historiador de Olinto. Algo semejante a lo que les ocurrió a los historiadores romanos cuando querían hablar de la guerra civil o de las guerras de las Galias, tenían que acudir a la obra de Julio César. Por lo tanto, fue Calístenes de Olinto quien tuvo una mayor incidencia sobre un público más amplio. No sólo habría sido el historiador oficial de la campaña, sino también el geógrafo, puesto que, ante la ausencia de una separación clara entre ambas disciplinas, pudo desempeñar a la vez ambas funciones<sup>51</sup>.

Poco después debe situarse a Onesícrito de Astipalea. Sus escritos utópicos sobre la India son igualmente imposibles de datar con seguridad, pero al ser utilizado por Nearco, Megástenes, Aristóbulo y Clitarco, debió de ser de los primeros en redactar su libro.

Mayor problema presentan las dataciones de Aristóbulo, Clitarco y Ptolomeo. Ha sido defendido desde Droysen<sup>52</sup> por los investigadores germanos que el orden debía de ser Clitarco, Ptolomeo y Aristóbulo. Eduard Schwartz y Jacoby, en sus artículos en la *Realencyclopaedie*, siguieron este modelo. Berve, Wenger y Schachermeyer también sostuvieron la misma opinión<sup>53</sup>, que no fue modificada hasta que W. W. Tarn defendió el orden Aristóbulo, Ptolomeo y Clitarco<sup>54</sup>. Tiene sentido que Aristóbulo escribiese antes que Ptolomeo, pues de lo contrario no se habría valido de Calístenes para los relatos militares, sino de un experto general como lo fue el hijo de Lago.

49 FLOWER, M. A., *Theopompus of Chios. History and Rhetoric in the Fourth Century BC*, Oxford 1997, p. 161.

50 Onesícrito es calificado como «*el piloto mayor de las maravillas*» (ESTRABÓN XV 1.28).

51 Cf. VAN PAASSEN, C., *op. cit.*, p. 267, quien afirma que no había un geógrafo oficial; AMIGUES, S., «La science aimable Théophraste», *CRAI* 4, 2001, p. 1656, lo llama el «secretario científico» de la expedición.

52 *Geschichte des Hellenismus*, II, Gotha 1877, p. 389-394.

53 BERVE, B., *op. cit.*, II, Múnich 1926, p. 65; WENGER, F., *Die Alexandergeschichte des Aristobul von Kassandria. Quellenkritische Untersuchungen zur Alexandergeschichte*, Diss. Würzburg 1914.

54 TARN, W. W., *Alexander the Great*, II, Londres, Cambridge University Press 1948, p. 1-133.

En la batalla del Hidaspes se muestra su discordancia sobre dichos temas (ARRIANO V 14.3-5).

Sin embargo, a nuestro entender, la cronología dada por Tarn en lo concerniente a Clitarco es errónea. Jacoby da una cronología alta 310-300 a.C., mientras que Tarn opta por una más tardía, 280-70 a.C. Difícilmente habría dicho este historiador que Ptolomeo fue uno de los salvadores de Alejandro, si el futuro faraón hubiera afirmado anteriormente que en realidad se encontraba en otro lugar (Q. CURCIO IX 5.21; ARRIANO VI 11.8). Lo más razonable es que escribiese antes de que lo hiciese Ptolomeo de Egipto. Dicho todo esto, quedaría por dilucidar en qué orden escribieron Aristóbulo y Clitarco. Desconocemos si realmente Clitarco participó en la expedición macedonia, pero es una opinión muy extendida entre la crítica moderna que no fue así<sup>55</sup>. En tal caso, ¿por qué debería Aristóbulo de Casandrea seguir a un autor que no fue testigo presencial de los hechos que relata? Tal vez porque sí acompañó a los macedonios o porque en el momento que escribió Aristóbulo, la obra de Clitarco había configurado decisivamente la tradición sobre Alejandro.

Otro autor de gran importancia que resulta difícil de datar es Megástenes. Su obra supone un antes y un después en la historiografía de la India. Ésta dejará de ser la tierra del Indo, para convertirse en la del Ganges. Megástenes tuvo que escribir después de que lo hiciese Onesícrito, pues es evidente que conocía la obra del filósofo de Astipalea. Se ha situado normalmente como *terminum post quem* la firma del tratado de paz entre el imperio seléucida y el imperio maurya, aunque recientemente Bosworth ha sostenido que pudo hacerlo en vida del rey Poros<sup>56</sup>. Luego la aparición de su libro debió de producirse entre finales del siglo IV y la primera década del siglo III a.C. No obstante, no debemos presuponer, como hizo Tarn, que todo autor que conociese el Ganges debía de haber escrito con posterioridad a Megástenes. Puesto que es muy posible que los macedonios, aunque no alcanzasen el río sagrado hindú, hubiesen escuchado la existencia del mismo. El éxito de la obra de Megástenes queda atestiguado al haber sido empleada por otros embajadores como Deímaco y Dionisio.

De entre los historiadores que estuvieron al servicio de Antígono Monoftalmos, el más destacado es Jerónimo de Cardia. Como sabemos que escribió al final de su larga vida, debió haber tenido la posibilidad de valerse de otros trabajos que habrían circulado durante las primeras décadas después de la muerte del conquistador macedonio<sup>57</sup>.

Por el contrario, trabajos como los de Cares de Mitilene o Efipo de Olinto son más difíciles de datar, pero debieron de circular poco después del 323 a.C., bien sea por su carácter anecdótico (Cares) o más discutiblemente, por ser un panfleto (Efipo) contra Alejandro.

En cualquier caso, los geógrafos de Alejandro trataron temas muy diversos en sus obras que procedemos a analizar a continuación.

---

55 Pese a que de un texto de Diodoro (II 7.3) parezca desprenderse que fue miembro del séquito de Alejandro Magno en Asia, es opinión generalizada que permaneció en Grecia en el transcurso de la invasión de Asia. Cf. BROWN, T. S., «Clitarchus», *AJPh* 71, 1950, p. 134; HAMILTON, J. R., «Cleitarco and Aristobulus», *Historia* 10, 1961, p. 449; LEVI, M. A., *Introduzione ad Alessandro Magno*, Milán, Rusconi 1977, p. 84; GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre (336-270 av. J.C)*. I. *Les origines politiques*, Nancy 1978, p. 136; HAMMOND, N. G. L., *Alejandro Magno, rey, general y estadista*, Madrid, Alianza 1992, p. 19; CANDAU MÓRON, J. M.; GONZÁLEZ PONCE, F. J.; CHÁVEZ REINO, A., y JIMÉNEZ SÁNCHEZ, F., «Alejandro y la historiografía helenística», *Tempus* 23, 1999, p. 67; LESKY, A., *Historia de la literatura griega*, Madrid, Gredos 1989, p. 797.

56 BOSWORTH, A. B., «The Historical Setting of Megasthenes' Indica», *CPh* 91, 1996, p. 113-127.

57 Cf. HORNBLOWER, J., *Hieronymus of Cardia*, Oxford 1981.

## VEGETACIÓN

Plinio (I 12.13) los nombra entre los autores que estudiaron botánica, por lo tanto, procederemos a analizar a continuación, de forma más detenida, las apariciones de la flora de Asia en los fragmentos de los geógrafos de Alejandro.

Uno de los casos más llamativos es el llamado árbol hindú de la lana (ESTRABÓN XV 1.20; 21). Heródoto (III 106) ya había hablado del árbol en su *lógos* dedicado a la India. La historia puede tener un origen en el algodón, y sería posible que los macedonios se hubiesen encontrado con esta planta en la India, pero la similitud entre los dos textos es tal que independientemente de que esta hipótesis fuese cierta, no pueden quedar dudas sobre el empleo de Heródoto por Nearco en este pasaje. Lo cierto es que esta historia tendrá un gran éxito en época imperial romana para explicar el origen de la seda<sup>58</sup>, convirtiéndose en un *tópos* para exponer la procedencia de un tejido desconocido.

Pero la especie más célebre sobre la que probablemente hablasen nuestras fuentes es el Banyan o *Ficus Bengalensis* (ESTRABÓN XV 1.21). El hecho de que Onesícrito situase la tierra de los músicanos en el límite meridional de la India, es muy significativo, ya que lo emplazaba en las regiones más cercanas a lo que por aquel entonces se consideraba que estaban los confines del mundo, donde se concentraban normalmente todas las maravillas y los elementos sobrenaturales. Lo cual, ya de inicio nos indica ante qué tipo de texto nos enfrentamos. Por eso intentar identificar el descomunal árbol descrito por Onesícrito, con el Banyan o *Ficus Bengalensis* (Cf. DIODORO XVII 90.5; PLINIO VII 21; XII 22-23; Q. CURCIO IX 1.10) es arriesgado<sup>59</sup>. El que Aristóbulo y Nearco mencionen la existencia de dicho árbol no es definitivo, puesto que escribieron después de Onesícrito y pudieron, como así parece que fue, describirlo conforme a los datos de su obra, aunque no sin cierto escepticismo, ya que Aristóbulo rebaja sensiblemente la cifra de jinetes a 50, por los 400 de Onesícrito. Tampoco es extraño que Teofrasto (*Historia de las plantas* IV 4.4-5) lo describa, pues utilizó sus escritos para componer su obra (Cf. *Supra*. p. 118-119).

Los arrozales de la India también habrían sido descritos por Aristóbulo (ESTRABÓN XV 1.18). Pero su descripción no es tan exacta como la de Teofrasto, puesto que dice que la planta tiene espigas (πολύσταν), mientras que el alumno de Aristóteles dice lo contrario (*Historia de las plantas* IV 4.10). A veces, se mencionan frutos de los que sólo conocemos su sabor excesivamente dulce o amargo, y que han querido ser identificados con frutas exóticas como el mango<sup>60</sup>.

Otros fragmentos se han conservado en la obra de Teofrasto. Sabemos, aunque muchas veces no cite a sus fuentes, que el alumno de Aristóteles se valió de los trabajos de los autores que participaron en la conquista de Asia para describir la flora del continente. De Andróstenes procede la información sobre Tilos (*Historia de las plantas* IV 7.7-8). Nearco o Andróstenes, pudieran ser la fuente para la descripción de la planta marina que encontraron en su camino de regreso desde la India, el coral (*Historia de las plantas* IV 7.3). Aristóbulo debió de ser su fuente para la flora del desierto de Gedrosia, puesto que Nearco, Onesícrito y Andróstenes estaban navegando<sup>61</sup>. El que este árbol lleve el nombre de Heracles, divinidad estrechamente vinculada con la casa real de Macedonia, los Argéadas y con Alejandro, demuestra, al menos,

58 VIRGILIO, *Geórgicas* II 121; PLINIO VI 54.

59 Así lo hace BRETZL, H., *Botanische Forschungen des Alexanderzuges*, Leipzig 1903, p. 158-190.

60 PEARSON, L., *op. cit.*, 1960, p. 175.

61 TEOFRASTO, *Historia de las plantas* IV 7.3; IV 7.6. Cf. ARRIANO VI 22.4-8.

que la información de Teofrasto debió proceder de un autor que participó en la expedición, y como hemos dicho antes, el único que estaba presente en esa zona era Aristóbulo.

Como pueblos mediterráneos y adoradores de Diónisos los griegos y los macedonios registraron en qué lugares se cultivaba la vid. Los historiadores de Alejandro certificaron la existencia del olivo y la vid en la India (ESTRABÓN XV 1.22), pero Teofrasto (*Historia de las plantas* IV 4.11) dice que sólo se dan en la montaña. Es probable que su fuente sea Aristóbulo, puesto que este último había dicho que sólo llovía en la montaña (ESTRABÓN XV 1.17).

La ausencia o presencia de vegetación podía ayudar a discernir o separar zonas geográficas en contacto. Hircania se convierte en una región ajena a la India porque no comparten la misma flora (ESTRABÓN XI 7.2). Policlito había dicho que los escitas del otro lado del Yaxartes pertenecían a Europa, porque fabricaban sus flechas con madera de abeto, material que no existía en Asia septentrional ni oriental. Por el contrario, para Aristóbulo, el Yaxartes no era la frontera natural entre Asia y Europa, y distinguía entre el curso del Tanais (Don) y del Yaxartes (Sir Daria. Cf. ARRIANO III 30.7). Pero para contradecir las opiniones de Policlito debió de haber escrito con posterioridad a éste y, probablemente, haber conocido los resultados del viaje de Demodamante (Cf. *Infra*. p. 163).

Finalmente, hay otras alusiones de menor importancia como las realizadas por Calístenes (PSEUDO ARISTÓTELES, *Relatos maravillosos* 132) a las palmeras.

Las referencias a las plantas fueron frecuentes en los geógrafos de Alejandro, pero no deben sobredimensionarse y ser empleadas como una evidencia de la existencia del archivo de Babilonia. Recolectar información sobre las plantas de Asia habría sido un acto lógico para unos conquistadores que tenían que conseguir suministros para sus tropas constantemente.

## FAUNA

Podemos distinguir entre aquellas especies animales que ya eran conocidas antes de la invasión de Asia, las que fueron descubiertas después y los animales fantásticos.

En el primer grupo, pocos animales despertaron tanto interés entre los griegos como el elefante. Ya hemos dicho anteriormente que algunos historiadores sostienen que los conocimientos que Aristóteles tiene del mismo se deben a los animales que, supuestamente, le fueron enviados por Alejandro. Sin embargo, la mayor parte del saber del Estagirita sobre los elefantes procede de los escritos de Ctesias de Cnido. Los geógrafos de Alejandro dedicaron un gran espacio en sus obras para comentar las características físicas de los paquidermos. En muchas ocasiones repiten lo dicho por la tradición. Pero en otras, la contradicen, como en la descripción de cómo se cazaban y domesticaban los elefantes de Megástenes<sup>62</sup> y, sobre todo, a través de Nearco (ESTRABÓN XV 1.43), que rebatió las informaciones del mismísimo Aristóteles al precisar que sabían nadar, y Onesícrito de Astipalea, que se había percatado del mayor tamaño de los elefantes indios, es decir, asiáticos, respecto a los africanos<sup>63</sup>. Al contrario que en anteriores casos, el mayor tamaño de los paquidermos del Asia quizás no se base en Ctesias de Cnido, sino en la propia experiencia empírica de Onesícrito<sup>64</sup>. Es muy posible que, al observar personalmente que los elefantes asiáticos (*Elephas maximus*) eran mayores que los africanos, confirmase su

62 SCULLARD, H. H., *The Elephant in the Greek and Roman World*, Cambridge 1974, p. 48.

63 ESTRABÓN XV 1.43; PLINIO VI 81.

64 Cf. TARN, W. W., «Polybius and a Literary Commonplace», *CQ* 20, 1926, p. 98, piensa que Ctesias había sido el primero en destacar el mayor tamaño de los elefantes asiáticos.

creencia en que Ctesias tenía razón sobre el mayor grosor de los seres vivos de la India. En realidad, el elefante asiático es más pequeño que el africano, pero mucho mayor que los especímenes norteafricanos que conocieron los griegos<sup>65</sup>. En cualquier caso, después de Onesícrito fue una opinión comúnmente aceptada que los elefantes de la India eran mayores que los que se encontraban en África<sup>66</sup>. Los conocimientos de estos autores sobre los elefantes procedieron en gran medida del estudio del nutrido grupo de ejemplares que su rey fue acumulando como arma de guerra<sup>67</sup>.

La serpiente también ha sido un animal que ha despertado la curiosidad del pueblo griego. Su nombre, *drakon*, viene del verbo δέркоμαι, mirar, y significaría «aquella que mira fijamente»<sup>68</sup>. Tenía una gran importancia en la religión y en la magia<sup>69</sup>. Onesícrito menciona la existencia de una serpiente de 80 codos y otra de 140<sup>70</sup>. Se trata de un hecho que llamó la atención de aquellos que viajaron a la India, pero es claramente una hipérbole. Por muy cierta que sea la existencia de serpientes de gran tamaño, en la actualidad no hay ninguna que supere los 35 metros y por supuesto aún menos los 62 metros<sup>71</sup>. Además, no se trata de un testimonio directo, sino que Onesícrito se apoya en el relato de los embajadores que llegaron a la corte de Abisares, por lo tanto se trataría de un ejemplo más del mayor tamaño de cuanto crece en la India por la humedad de su clima. Es posible que la causa de que exagere tanto el tamaño de los reptiles sea que en Astipalea, su ciudad natal, no hubiese ninguno<sup>72</sup>. Otros geógrafos son más comedidos a la hora de hablar del tamaño de estos ofidios, pero coinciden en señalar que eran muy venenosos y que incluso recurrieron a los médicos hindúes en busca de antídoto (ESTRABÓN XV 1.45).

Las tortugas<sup>73</sup> y los lagartos<sup>74</sup> también despertaron la curiosidad de Policlito de Larisa. Las ballenas<sup>75</sup>, los delfines<sup>76</sup>, los cocodrilos<sup>77</sup> y los hipopótamos<sup>78</sup> se citan de igual modo en sus obras.

---

65 Cf. GOWERS, W., «African elephants and ancient authors», *African Affairs* 47, 1948, p. 173-180, cree que los elefantes de los ptolomeos pertenecían a la especie *loxodonta cyclotis*, que es más pequeña que la asiática.

66 En la batalla de Rafia los elefantes africanos de Ptolomeo salieron despavoridos al ver a los asiáticos de Antíoco. Cf. POLIBIO V 84. En época romana Juvenal (X 150) era consciente de su diferencia de tamaño: «ad Aethiopum populos aliosque elephantos». Cf. LAUGHTON, E., «Juvenal's other elephants», *CR* 6, 1956, p. 201; TRIANTAPHYLLOPOULOS, J., «Juvenal's other elephants once again», *Mnemosyne* 11, 1958, p. 159; TABOADA, H. G. H., «Polibio (5.84.5) y los elefantes de Rafia», *Habis* 26, 1995, p. 113-117, sostiene que el error se perpetuó por la superioridad bélica de los elefantes indios; CHARLES, M., «Elephants at Raphia: Reinterpreting Polybius 5.84-5», *CQ* 57, 2007, p. 306-311.

67 KARTTUNEN, K., *India and the hellenistic world*, Helsinki 1997, p. 191, estima su número «entre 200 y 300».

68 FERNÁNDEZ GALIANO, M., *Manual práctico de morfología verbal griega*, Madrid, Gredos 1989, p. 72.

69 Cf. VÁZQUEZ HOYS, A. M., «La serpiente en la antigüedad: ¿Genio o demonio?», en *Héroes, semidioses y daimones*, Madrid, Ediciones Clásicas 1992, p. 81-134.

70 ESTRABÓN XV 1.28. Cf. ELIANO, *Naturaleza de los animales* XVI 39.

71 PÉDECH, P., «Les historiens d'Alexandre», en *Historiographia Antiqua*, Lovaina 1977: «le plus grand serpent du monde, le python, atteint seulement 10 mètres» (p. 129); VOFCHUK, R. C., «Los informes de Onesícrito, cronista de Alejandro Magno, sobre la India», *BAEO* 22, 1986: «La Pitón Molurus alcanza a medir 25 pies, esto es, aproximadamente 7m, longitud diez veces menor que la que nuestro autor les atribuye» (p. 191).

72 ANTÍGONO DE CARISTOS, *Colección de historias curiosas* 11: «En Astipalea no nacen serpientes».

73 PARADOXÓGRAFO VATICANO 9: «Policlito afirma que las tortugas nacen incluso en el Ganges, cuyo caparazón alcanza incluso los 5 medimnos».

74 ELIANO XVI 41.1.

75 ARRIANO, *Índica* 30.1-9. Cf. PAPADOPOULOS, J. K., y RUSCILLO, D., «A Ketos in Early Athens: An Archaeology of Whales and Sea Monsters in the Greek World», *AJA* 106 (2) 2002, p. 210-211.

76 ARRIANO, *Índica* 39.5.

77 Q. CURCIO IX 8; ESTRABÓN XV 1.45.

78 ESTRABÓN XV 1.13; XV 1.45.

Con anterioridad, los griegos ya habían escuchado las excelencias de los perros de la India<sup>79</sup>, pero la invasión de dicho país les permitió a los griegos comprobar *in situ* sus cualidades, entre las que destacaba ser capaces de cazar a un león<sup>80</sup>. Historia que fue popularizada por la obra de Onesícrito de Astipalea y no por la de Aristóbulo, como defiende Pédech<sup>81</sup>.

Una especie nueva es el loro o papagayo (ARRIANO, *Índica* 15.8.9). Arriano que escribe muchos siglos después de su fuente, no puede comprender el asombro que le produce algo que en su tiempo había dejado de tenerlo. Es una prueba palpable de que, como la mayoría de los historiadores de época antigua, Arriano sólo destaca aquellos datos de sus fuentes que considera dignos de mención, es decir, que se salen de lo común. Sabemos que dicho animal estuvo presente en el desfile de Ptolomeo II Filadelfo<sup>82</sup> y que se llegó a convertir en una de las mascotas predilectas de la aristocracia romana<sup>83</sup>. Los persas también lo conocían a pesar de las pocas menciones que se han conservado<sup>84</sup> y Aristóteles (*Historia de los Animales* 597b) lo menciona siguiendo el testimonio de Ctesias. El escaso interés de Arriano también se extiende a los monos y orangutanes que encontraron en la India<sup>85</sup>.

Un animal nuevo para el mundo griego, salvo que se acepte que la marticora era un precedente de dicha especie, es el tigre<sup>86</sup>. Si quienes defienden que la marticora y el tigre eran el mismo animal tuviesen razón, habría que decir, de cualquier forma, que se produjo un gran progreso en el conocimiento de esta criatura, pues ahora no resultaba tan fantástica como la marticora. El rinoceronte es, probablemente, el animal con cabeza de ciervo y un solo cuerno del que habla Megástenes (ESTRABÓN XV 1.56).

Los animales fantásticos también estuvieron presentes: «*otros animales desconocidos a las demás naciones*» (Q. CURCIO VIII 9). Las hormigas buscadoras de oro, de las que ya había hablado Heródoto, aparecen en los fragmentos de Nearco y Megástenes<sup>87</sup>. Las serpientes y los escorpiones halados (ESTRABÓN XV 1.37) son otras de las criaturas fantásticas que podemos conocer gracias a la pluma de Megástenes.

Un buen ejemplo de la trascendencia de estos autores es que el bestiaro que crearon se prolongó en el tiempo mucho más que sus propias obras. Los viajeros medievales que visitaron la corte del Gran Khan ilustrarían sus libros con las mismas criaturas.

## OROGRAFÍA

La orografía de Asia fue siempre muy mal conocida por los griegos. Heródoto (IV 36ss) describía las grandes extensiones del interior como llanuras, mientras que Hecateo hablaba de las grandes montañas del mar de Hircania y del territorio de los corasmios (*frs.*, 291-92a JA-

79 HERÓDOTO VII 187.1; Ctesias = FOCIO, *Cosas de la India* 10; JENOFONTE, *Cineg.* 9.1.

80 ESTRABÓN XV 1.31; PLINIO VIII 149-150; ELIANO IV 19; VIII 1; DIODORO XVII 92.1-3; Q. CURCIO IX 1.31-34.

81 PÉDECH, P., *Historiens compagnons d'Alexandre. Callisthène, Onésicrite, Néarque, Ptolémée, Aristobule*, París 1984, p. 398. Cf. MOLINA MARÍN, A. I., *op. cit.*, 2007, p. 199, el que tenga un origen en Ctesias y sea conocido por Jenofonte, fuentes de Onesícrito, da más fuerza a nuestro criterio.

82 Cf. RICE, E. E., *The Grand Procession of Ptolemy Philadelphus*, Oxford 1983.

83 BIGWOOD, J. M., «Ctesias Parrot», *CQ* 43 (1) 1993, p. 323; WOTKE, F., «Papagei», *RE* 18, 1949, col. 927.

84 SCHMIDT, E., *Persepolis*, II, Chicago 1957, p. 88.

85 DIODORO XVII 90.1-3; ESTRABÓN XV 1.37; 56.

86 ARRIANO, *Índica* 15.1; ESTRABÓN XV 1.37.

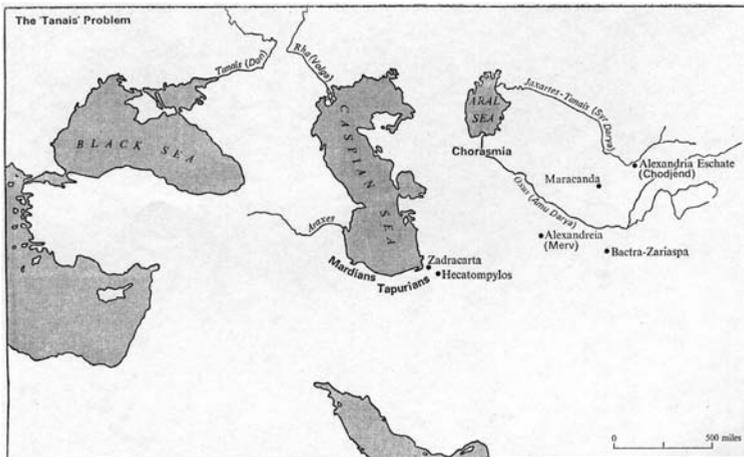
87 ESTRABÓN II 1.9; XV 1.44; ARRIANO, *Índica* 15.4.

COBY). La enorme extensión de Asia no ayudaba en modo alguno a resolver este problema. La orografía del continente fue adquiriendo progresivamente una mayor importancia, siendo una clara evidencia de ello el que Aristóteles convirtiese al Parnaso (Himalaya) en uno de los puntos más orientales del continente. En opinión de Aristóteles, el Parnaso estaba situado simétricamente en la misma línea equinoccial donde se localizaba el Cáucaso<sup>88</sup>. Los geógrafos de Alejandro llevaron este razonamiento a sus últimas consecuencias, para concebir una única cadena montañosa que atravesaba toda Asia. Para los bematistas, y la mayor parte de los que fueron miembros de la expedición, existía una masa continua de montañas que, comenzando en el Tauro, llegaba hasta la India y recibía el nombre de Cáucaso<sup>89</sup>.

Para los macedonios, por lo tanto, el Cáucaso y el Himalaya serían la misma cordillera<sup>90</sup>, lo cual habría explicado por qué pudieron pensar que la gruta donde fue encadenado Prometeo estaba en las cercanías de la India (ESTRABÓN XV 1.8-9). Dicearco hizo coincidir esta cordillera continua del Tauro al Himalaya con su *diáphragma*, el eje de simetría que desde las Columnas de Hércules llegaba hasta India, y que, más tarde, sería retomado por Eratóstenes y, a través de él, por Estrabón (II 5.31-2; XI 1.2-7; 12. 1-5). Esta teoría de los bematistas fue un error, pero, seguramente sin proponérselo, consiguieron establecer uno de los ejes de los mapas del mundo antiguo y sin dicho error los mapas de época helenística habrían sido muy diferentes. En cualquier caso, el Cáucaso seguiría siendo una frontera entre el Mediterráneo y Asia en el Imperio Romano<sup>91</sup>.

## HIDROGRAFÍA: EL MAR CASPIO Y EL PROBLEMA DEL TANAIS

La naturaleza del mar Caspio fue también un problema muy debatido entre los griegos (fig. 23).



23. El problema del Tanais. Procedencia Hamilton (1971).

88 PRONTERA, Fr., «Sobre la delineación de Asia en la geografía helenística», en *Otra forma de mirar el espacio: geografía e historia*, Málaga 2003, p. 74.

89 ARRIANO III 28. 5-7; DIODORO XVIII 5.2.

90 ARRIANO V 3.1-4; ESTRABÓN XI 5.5. Cf. RAMIN, J., *Mythologie et géographie*, París 1979, p. 51-54.

91 GIARDINA, A., «Roma e il Caucaso», en *Il Caucaso: cerniera fra culture dal Mediterraneo alla Persia*, Espoleto 1996, p. 85-141; p. 85-89, señala que para los griegos siempre fue un espacio propio de los confines, donde se ubicaba la expedición de los Argonautas y el titán Prometeo.

Salvo algún que otro autor (Heródoto y Aristóteles) la mayoría defendía que era un golfo del océano, opinión que se hizo mayoritaria tras el viaje de Patrocles (ESTRABÓN II 1.2; 1.17). Pero, anteriormente, algunos de los geógrafos de Alejandro habían contemplado la posibilidad de que fuese un mar interior (ESTRABÓN XI 7.4). Fue Policlito de Larisa quien defendió con mayor ahínco esta teoría. El razonamiento de Policlito era muy sencillo. Se creía que el Tanais (Don) era el río que fluía hasta la laguna Meótide (mar Azov), como aparentemente desembocaba en el mar Caspio, la laguna Meótide y el Caspio debían de ser el mismo mar interior y el Tanais y el Yaxartes el mismo río<sup>92</sup>. En buena medida, la causa de que el tesalio pensase esto se debió a que, como todos los geógrafos de su tiempo, desconocía la existencia del mar Aral, donde realmente desemboca el Sir Daria (Yaxartes).

Al igual que otros geógrafos al servicio de los macedonios, la fauna le sirve como un elemento útil para ubicar accidentes geográficos distintos y dar una base empírica a sus teorías. De este modo, la existencia de serpientes en ese lugar se utiliza para constatar que es un mar interior, pues éstas no podrían habitar aguas saladas.

La razón que explicaría la teoría de Policlito habría estado, tanto para Eratóstenes como para Estrabón, en el interés de los historiadores de Alejandro en alterar el espacio geográfico para convertirlo en señor de toda Asia (ESTRABÓN XI 7.4). Es la φιλοτιμία, el amor por la gloria y no la φιλοσοφία, el amor por el saber, lo que habría incentivado las especulaciones de estos geógrafos, en opinión de los autores helenísticos.

Ahora bien, el razonamiento que siguió Policlito para identificar la laguna Meótide con el Caspio no habría sido completamente nuevo, pues Aristóteles había dicho con anterioridad que un brazo del Araxes (Yaxartes) desembocaba en el mar Caspio (*Meteorológicas* 350a 25), donde los macedonios creían que hacía lo propio el Tanais. El filósofo de Estagira llegaba a sugerir que el Caspio estaba comunicado subterráneamente con el mar Negro (*Meteorológicas* 351a 9-11). Lo que Aristóteles entendía como brazos distintos de un mismo río, Policlito lo reducía a un único curso de agua, y si el filósofo sugería que ambos lagos podían estar comunicados, Policlito decía que eran el mismo. La circunstancia de que la palabra que utilizan en la zona los indígenas para decir agua sea *tana*, puede haber sacado de dudas por completo a los macedonios, y haberles llevado a identificar definitivamente el Tanais con el Yaxartes.

Sin embargo, Estrabón no da crédito a los argumentos de Policlito, sólo se molesta en rebatir uno de ellos, la inexistencia del abeto en Asia, puesto que sabía que Aristóbulo lo contradecía. Razonamientos de mayor peso, como la existencia de vida animal en agua dulce, no tienen ninguna validez, tal es la confianza que tiene Estrabón en Patrocles. Pero la argumentación de Policlito es correcta, la salinidad normal de los océanos es de un 34,3%; la del mar Negro es de un 18,6% y la del Caspio en algunas zonas es de un 10%. Algo semejante ocurre en el mar Aral en las desembocaduras del Sir Daria y el Amur Daria, donde la salinidad es muy baja<sup>93</sup>. Sería, por tanto, posible que Policlito estuviese confundiendo el mar Aral con el Caspio de forma no intencionada.

En cuanto a los ríos, parece provenir de la pluma de Megástenes la que sería una creencia generalizada en época romana: el Ganges era el río más grande del mundo<sup>94</sup>. No debe pensarse,

---

92 Cf. JANNI, P., *La mappa e il periplo. Cartografia antica e spazio odologico*, Roma 1984, p. 153-154.

93 DAFFINÀ, P., «Aral, Caspio, Tanais», *RSO* 43, 1968, p. 363-378; HAMILTON, J. R., «Alexander and the Aral», *CQ* 21, 1971, p. 111; BOSWORTH, A. B., *A historical commentary on Arrian's history of Alexander*, I, Oxford 1980, p. 378.

94 ARRIANO, *Índica* 4.1-7; POMPONIO MELA III 68.

como Tarn, que los macedonios no pudieron conocer la existencia del río antes de que, se publicase la obra del embajador en la corte de Pataliputra. Pero lo que sí es cierto es que a partir de la misma, el Ganges fue más conocido en el mundo antiguo e incluso pasó a ser uno de los ríos que marcaban la frontera del Paraíso<sup>95</sup>.

## LAS FUENTES DEL NILO

Pero sin lugar a dudas, el mayor debate geográfico de toda la antigüedad fue el origen de las fuentes del Nilo<sup>96</sup>. Desde Tales de Mileto hasta el mismísimo Aristóteles el problema fue ampliamente debatido. El hecho de que estos autores se enfrentasen a este enigma refleja que pueden ser llamados geógrafos con toda justicia.

Es más, existe la posibilidad de que se realizase una expedición a Etiopía con el único objetivo de conocer las fuentes del Nilo (Q. CURCIO RUFO IV 8.3). Aunque lo más probable es que, como en anteriores casos, tuviese un fin bélico (Cf. *Supra*. p. 130-131). Dicha expedición tuvo cierta credibilidad en el Imperio Romano (LUCANO, *Farsalia* X 272-75). Pero en la actualidad la crítica no cree mucho en ella<sup>97</sup>.

En cualquier caso, lo cierto es que Calístenes atribuyó el origen de las crecidas del Nilo a las lluvias<sup>98</sup>. Nearco no podía permanecer ajeno a esta problemática si quería que su obra estuviese a la altura de Heródoto, un autor que había estudiado detenidamente el asunto (HERÓDOTO II 22). Es más, el que Calístenes hubiese tratado seguramente la cuestión en su obra, podría haberle alentado a seguir su ejemplo intentando dar una respuesta a la controversia. Durante su estancia en la India tuvo la oportunidad de comprobar *in situ* la existencia de los monzones. Las lluvias veraniegas debieron de sorprender muchísimo a un pueblo como el heleno acostumbrado a su escasez durante la estación de verano. Siguiendo la comparación que se establecía entre el Nilo y el Indo, Nearco concluyó que la causa debía de encontrarse en estas lluvias<sup>99</sup>.

Este razonamiento no era en absoluto ingenuo. La concepción griega del mundo quedaba marcada por la climatología. Las zonas septentrionales estaban definidas por un frío intenso y las meridionales por un calor insoportable. Por lo tanto, si la India compartía algunas características climáticas con Etiopía, como el calor, era muy probable que también se produjesen dichas lluvias en el sur. Además, como hemos visto anteriormente, para los griegos los etíopes eran un pueblo limítrofe con la India.

*«Lo mismo afirma Nearco, aunque discrepa en lo concerniente a las lluvias veraniegas, pues sostiene que la llanura recibe lluvia en verano y permanece seca en invierno. En cambio, concuerdan ambos (Nearco y Aristóbulo) por lo que toca a*

---

95 DARIAN, S. G., «The Ganges and the rivers of Eden», *EA* 31, 1977, p. 42-54; KARTTUNEN, K., «The Country of Fabulous Beasts and Naked Philosophers. India in Classical and Medieval Literature», *Arctos* 21, 1987, p. 48.

96 La cantidad de menciones en la literatura griega al río Nilo es ingente. Todavía en el Imperio Romano Estrabón (I 2.22) no podía ocultar su asombro y admiración por esta cuestión.

97 PÉDECH, P., *op. cit.*, 1984, p. 403, lo considera una «tradición legendaria»; PEARSON, L., *op. cit.*, 1960, p. 31; CARY, M., y WARMINGTON, E., *Les Explorateurs de l'antiquité*, París 1932, p. 245, también dudan de su veracidad; THOMSON, J. O., *History of Ancient Geography*, Nueva York 1965, p. 136, una historia poco fiable; BOSWORTH, A. B., «Aristotle, India and the Alexander Historians», *Topoi: Orient-Occident* 3, 1993, p. 407-424; p. 418.

98 En Juan de Lido (*De mens.*, IV 68) se conserva un fragmento de Calístenes donde se mencionan las fuentes del Nilo (F 12a).

99 ESTRABÓN XV 1.25.

*las avenidas de los ríos; refiere Nearco que, cuando estaban acampados cerca del Acesines, la crecida los obligó a trasladar el campamento a un lugar más elevado, cosa que sucedió en el solsticio de verano» (ESTRABÓN XV 1.18).*

Lo sorprendente es que Aristóbulo, conociendo la existencia de los monzones, no llegue a la misma conclusión:

*«Según Aristóbulo, sólo llueve y nieva en las montañas y el piedemonte, mientras que la llanura se libra tanto de lluvias como de nevadas y únicamente se anega con la avenida de los ríos» (ESTRABÓN XV 1.17).*

Tal vez se deba a que Aristóbulo estuvo en regiones distintas del país y a que defiende que las grandes masas nubosas no podían atravesar la barrera del Cáucaso (ARRIANO VI 25.4), que, en sus propias palabras, era la mayor cadena montañosa de Asia (ARRIANO III 28. 5-8). Siguiendo la máxima aristotélica que situaba el nacimiento de los grandes ríos en las grandes montañas, Aristóbulo hace lo propio con los ríos de la India. Situando su lugar de nacimiento en el Cáucaso, explica la causa de las crecidas de los ríos hindúes por el deshielo, una teoría similar a la que Anaxágoras había dado para explicar las inundaciones del Nilo (HERÓDOTO II 22). Por lo que no es descartable que creyese lo mismo para el río egipcio. Aunque no hay que olvidar que negaba que ambos ríos compartiesen la misma fauna (ESTRABÓN XV 1.45) lo que indicaría que veía diferencias entre ellos.

La similitud climática y de fauna entre ambos ríos provocó que los macedonios, como ya hemos dicho, pensasen que el Nilo y el Indo eran el mismo curso fluvial. Un error del que se percataron cuando exploraron el Indo (ARRIANO VI 1.5).

Sin embargo, al contrario de lo que nos dicen nuestras fuentes, si la identificación entre ambos ríos ya era común antes de la conquista del Imperio Persa (Cf. ARISTÓTELES, *fr.* 248), debería verse como un logro más de los geógrafos de Alejandro el haber descubierto que no era así.

## SEÍSMOS

Los terremotos constituyen un fenómeno que ha despertado siempre la curiosidad del hombre. Cada cultura desarrolló su propia teoría para explicarlos, cada cual más original. Los chinos consideraban que los terremotos eran un signo de cambios políticos, por lo que, desde muy antiguo, se realizaron registros periódicos de los mismos. Los griegos se movieron entre las explicaciones míticas que situaban el origen de los seísmos en el tridente de Posidón (HOMERO, *Ilíada* VII 445; XIII 231; XIII 554; XIV 150; XIV 384; XV 41; XX 13; *Odisea* V 282; VII 271; IX 283; XIII 159) o en la concurrencia de los muertos (PITÁGORAS = ARISTÓTELES, *fr.* 196). A partir de los presocráticos se hizo una mayor incidencia en la humedad y en el viento. Tales (SÉNECA, *QN* III 14) y Anaxímenes (ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 365b) de Mileto vieron su origen en el elemento húmedo.

Calístenes siguió a su maestro, Aristóteles, en su explicación de los orígenes de los seísmos<sup>100</sup>, como queda reflejado en Séneca (*QN* VI 23.4), donde se dice que, como otros muchos

---

100 HINE, H. M., «Seismology and vulcanology in antiquity», en *Science and mathematics in ancient Greek culture*, Oxford 2002, p. 63.

griegos, quedó impresionado por la desaparición de las ciudades de Bura y Hélice en la costa Aquea<sup>101</sup>. El *spiritus* (*pnéuma* «viento» «hálito») entraría en la tierra a través de las aberturas de la misma y provocaría los terremotos. Estas ciudades, al estar muy cerca del mar y tener un suelo poroso, eran más proclives a sufrir los efectos devastadores de los mismos (ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 366a).

Por el contrario, la explicación de Aristóbulo sobre los orígenes de los terremotos está tomada de las teorías de Anaxágoras, Anaxímenes de Mileto y Demócrito de Abdera, que veían en la humedad del suelo provocada por las lluvias el origen de los seísmos (ESTRABÓN XV 1.19).

Aristóteles y Calístenes de Olinto entendían que la combinación de dos elementos como el vapor húmedo y el viento seco, que conformaban el *pnéuma*, era lo que causaba los terremotos (ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 365b). Al acumularse las masas de aire en el interior de la tierra, que entraban por los orificios de la misma, se producían los seísmos cuando los vientos salían. Este fenómeno era muy frecuente en los terrenos porosos como la India (ARISTÓTELES, *Meteorológicas* 366b). Aunque Aristóbulo no se adhiere a la visión de Aristóteles es probable que conociese la teoría de Anaxímenes a través del Estagirita, que también lo cita en su obra. La razón de que se aleje de las opiniones del filósofo debe de haber estado en su propia experiencia personal en la India, que le obligó a conciliar la tradición con los nuevos saberes. La contemplación de los monzones debe de haberle hecho hacer un mayor hincapié en el elemento húmedo frente al vaporoso.

## UTOPIÁS

La utopía era un género que había tenido un gran desarrollo en el siglo IV a.C. con obras como el *Critias* y el *Timeo* de Platón, donde se describe la Atlántida. Poco después, Teopompo, en sus *Filípicas*, había hablado de los meropianos y los hiperbóreos, pueblos que vivían en la Edad de Oro, o de los ensebes, que no necesitaban trabajar, porque la fertilidad de su tierra les proporcionaba todo lo necesario para su subsistencia. El clima ayudaba a que sus habitantes no conociesen la enfermedad, y cuando morían lo hacían con la misma felicidad con la que habían vivido.

Los geógrafos de Alejandro también se valieron de este recurso para describir algunas de las sociedades que se encontraron en la India. Al parecer, Onesícrito (ESTRABÓN XV 1.34) no fue ajeno a esta tendencia y creó su propio paraíso en la tierra en la India, el reino de los músicos<sup>102</sup>.

La descripción que hace Onesícrito de esta sociedad puede relacionarse con las características propias que tenían las islas maravillosas, la humanidad durante la Edad de Oro y la tierra de los bienaventurados: una larga vida<sup>103</sup>, buen clima, fertilidad del suelo, ausencia de crímenes o de conflictos sociales<sup>104</sup>. Pero buena parte de la fuente de la cual bebe este texto es la descripción que Jenofonte hace del Imperio Persa en el inicio de su *Ciropedia* (I 2.2-16). En ambos sitios se trasladan costumbres espartanas que eran admiradas por los intelectuales helenos, y muy

---

101 ESTRABÓN I 3.10; 3.18; OVIDIO XV 293-4.

102 BROWN, T. S., *Onesicritus. A Study in Hellenistic Historiography*, Berkeley-Los Ángeles 1949, p. 60-77; relaciona a los músicos de Onesícrito con la Atlántida de Platón, los persas de la *Ciropedia*, la Mérope de Teopompo o la Panquea de Evémero; FERGUSON, J., *Utopias of the Classical World*, Londres 1975, p. 122.

103 Ctesias había dicho con anterioridad que los indios vivían 130 años. Cf. FOCIO, *Biblioteca* 32.

104 Cf. KARTTUNEN, K., «Expedition to the end of the world», *So* 64, 1988, p. 178.

especialmente por Jenofonte, a pueblos extranjeros. Las comidas en común<sup>105</sup>, la ausencia de moneda, el empleo de un tipo especial de esclavos o el desprecio por las artes nos recuerdan inevitablemente a la sociedad lacedemonia. El que se empleen exclusivamente jóvenes para realizar las funciones de los esclavos se debería a la ausencia de los mismos en la tierra de los músicos, mientras que Megástenes<sup>106</sup> traslada su ausencia a la India entera<sup>107</sup>, lo que al ser un error histórico es una clara evidencia del empleo, por parte de Megástenes, de la obra de Onesícrito. Jenofonte ya había reflejado en su *Ciropedia* (III 2.25-30) la rectitud de la nación India, lo cual era un rasgo muy común entre los pueblos que habitaban los confines del mundo (Cf. *Ilíada* XIII 6, los abios).

Un lugar donde abundan las drogas y los tintes de todo tipo tan raros en Grecia, así como las vides tan escasas en la India (ESTRABÓN XV 1.22). Pero, a diferencia de Jenofonte, Onesícrito estaba imbuido por la filosofía cínica, y algunas de sus enseñanzas pueden rastrearse también en este mundo ideal de la India; tales como la carencia de leyes o la falta del cultivo de las ciencias salvo la medicina, lo que llevaba a los habitantes del país de los músicos a un estado primigenio.

Megástenes siguió los pasos de Onesícrito en la India y volvió a describir el país con los rasgos característicos de las sociedades utópicas, como su fertilidad<sup>108</sup>. Desde esta perspectiva, tenemos que juzgar los testimonios de las costumbres indias que se han conservado. En ocasiones descubrimos que Megástenes se contradice, pues primero niega que los indios posean escritura alguna (ESTRABÓN XV 1.53) para posteriormente informarnos de que los sabios hindúes tenían su propia grafía (ESTRABÓN XV 1.39). Nearco, al igual que Onesícrito de Astipalea, afirma que los indios carecen de leyes, pero únicamente de las escritas. De esta forma, matizaba el idealismo propio de un pueblo que a causa de su rectitud no precisaba de un *corpus* legal. Pero esto no significaba que los indios desconociesen la escritura como creía Megástenes. Nearco debe de haber visto algunas muestras de su alfabeto, pues dice que los indios escribían cartas (ESTRABÓN XV 1.67).

En otros casos, las exageraciones saltan por sí mismas, como cuando Megástenes nos dice que en la corte de Chandragupta residían 400.000 personas (ESTRABÓN XV 1.53). Es también, una invención la división en siete castas de la sociedad india (ESTRABÓN XV 1.39: «ἐπὶ ἑπτὰ μέρη»; ARRIANO, *Índica* 11-12: «ἐπὶ ἑνεα»; Cf. PLINIO VI 66): sabios; labradores, pastores y cazadores; artesanos y comerciantes; soldados; inspectores; consejeros y magistrados. El número 7 tenía un significado demasiado especial en la cultura griega como para que su sola mención no nos ponga en guardia ante una más que probable *interpretatio graeca*. Por mucho que Majumdar o Dahlquist insistan en que se basan en elementos de la sociedad hindú antigua<sup>109</sup>, es más creíble que, como en otras tantas ocasiones hacen los geógrafos de Alejandro, se inspiren en el *lógos* egipcio de las *Historias* de Heródoto<sup>110</sup>.

---

105 Existe una diferencia entre las *συσσιτία* espartanas y los ágapes de los que nos habla Onesícrito, los primeros estaban financiados con aportaciones de ciudadanos, mientras que en India la financiación era pública.

106 Megástenes no habría sido ajeno a la utopía. Cf. ZAMBRINI, A., «*Gli Indiká di Megastene*», *ASNP* 12, 1982, p. 71-149; ZAMBRINI, A., «Idealizzazione di una terra: Etnografia e propaganda negli Indika di Megastene», en *Forme di contatto e processi di trasformazioni nelle società antiche*, Scuola Normale Superiore, Pisa-Roma 1983, p. 1105-1118; ZAMBRINI, A., «*Gli Indiká di Megastene*», II, *ASNP* 15, 1985, p. 781-853.

107 ESTRABÓN XV 1.54. Cf. BROWN, T. S., *op. cit.*, p. 156-157.

108 ESTRABÓN XV 1.20.

109 MAJUMDAR, R. C., «The Indika of Megasthenes», *JAOS* 78, 1958, p. 273-276; DAHLQUIST, A., *Megasthenes and indian religion. A study in motives and types*, Estocolmo 1962.

110 HERÓDOTO II 164.1. Cf. VOFCHUK, R., «Las costumbres y creencias filosófico-religiosas de la India según las informaciones de Nearco de Creta», *BAEO* 18, 1982, p. 289.

Esta tendencia a localizar utopías es propia de la sociedad y la época de nuestros geógrafos y, por lo tanto, no podría criticárseles por no poder escapar a las costumbres y creencias de su época.

## LOS GIMNOSOFISTAS

Una de las mayores herencias que los geógrafos de Alejandro legaron a la posteridad fue la imagen de los sabios hindúes. A partir de ese momento la fama de la sabiduría de los *gimnosofistas*<sup>111</sup> (los sabios desnudos) fue tan grande que se vinculó a muchos filósofos griegos con ellos<sup>112</sup>. Los principales relatos sobre los gimnosofistas proceden de Onesícrito, Nearco, Aristóbulo y Megástenes. La descripción de Onesícrito (ESTRABÓN XV 1.63-65) ha sido más que comentada en los últimos años. Se discute muchísimo si las costumbres de los sabios hindúes son reales<sup>113</sup> o una traslación del pensamiento cínico<sup>114</sup>.

Una primera similitud la encontramos en el discurso de Cálano, a una Edad de Oro que, en efecto, se encuentra perfectamente atestiguada en la cultura griega en obras como la de Hesíodo, pero también en muchas culturas del mundo antiguo. El discurso de Dándamis (o Mándanis) es mucho más rico y largo. La sentencia «*la mejor doctrina es aquella que suprime el dolor y el placer del alma*» podría ser tomada por un dicho budista o de la filosofía hindú, pero el hecho de que el placer sea considerado un bien, y no un mal, es sospechoso, pues el budismo no distingue entre el dolor y el placer<sup>115</sup>. Pero la supresión del dolor mediante el ejercicio sí se encuentra presente en el pensamiento cínico. El elogio a Alejandro por parte de Dándamis es igualmente revelador y levanta la sospecha de que todo este episodio se haya reelaborado para presentar al macedonio como un verdadero filósofo en armas o un admirador de la cultura griega. Impresión que se ve reforzada con otros fragmentos de Onesícrito en los que hace decir al rey: «*Atenienses, podríais creer ahora a qué peligros me arriesgo por gozar de buena fama entre vosotros*» (PLUTARCO, *Alex* 60.6). La aparición de tres filósofos griegos como Pitágoras, Sócrates o el propio Diógenes aumenta la sensación de que el texto ha sido alterado por Onesícrito. Finalmente, la acusación de Dándamis a los filósofos griegos de anteponer la ley a la naturaleza, recuerda la larga disputa de los pensadores helenos entre *phýsis* y *nómos*. Lo sorprendente es que Diógenes aparezca entre ellos, siendo un elemento contrario al régimen de la *pólis* griega. Si el texto es un elogio a las figuras de su rey y de su maestro, ¿por qué no es excluido de esta lista? Tal vez, simplemente sea una argucia para aumentar la credibilidad de su relato.

---

111 MUCKENSTURM-POULLE, C., «L'espace des gymnosophistes», en *Inde, Grèce ancienne. Regards croisés en anthropologie de l'espace*, París 1995, p. 113-124, destaca que dicho término no está atestiguado hasta el siglo I a.C., y que fue utilizado para designar a sabios indios no siempre fácilmente diferenciables.

112 SAYRE, F., *Diogenes of Sinope: A Study of Greek Cynicism*, Baltimore 1938, p. 40; FLINTOFF, E., «Pyrrho and India», *Phronesis* 25, 1980, p. 105.

113 STONEMAN, R., «Who are the Brahmins?», *CQ* 44, 1994, p. 509, aspectos como el vegetarianismo no serían propios de la filosofía cínica, pero sí de los brahmanes de la India; STONEMAN, R., «Naked Philosophers», *JHS* 115, 1995: «*Onesicritus' account does preserve recognisable Indian doctrine*» (p. 104); BOSWORTH, A. B., «A Tale of Two Empires: Hernán Cortés and Alexander the Great», en A. B. Bosworth y E. J. Baynham (eds.), *Alexander the Great in Fact and Fiction*, Oxford 2000, p. 44; VOFCHUK, R. C., *op. cit.*, 1986, p. 195.

114 BROWN, T. S., *op. cit.*, p. 41; PEARSON, L., *op. cit.*, 1960, p. 99; PÉDECH, P., *op. cit.*, 1984, p. 106; OLIVER SEGURA, J. P., «Diálogo del rey Alejandro con el brahmán Dándamis», en *Heterodoxos, reformadores y marginados en la antigüedad clásica*, Sevilla 1991, p. 111; ALBADALEJO VIVERO, M., «Elementos utópicos en la India descrita por Onesícrito», *Polis* 15, 2003, p. 13.

115 PÉDECH, P., *op. cit.*, 1984, p. 109.

Lo dicho hasta ahora evidencia elementos de origen helénico y cínico en el diálogo entre Onesícrito y los gimnosofistas, pero no certifica que el encuentro fuese alterado o transmutado intencionadamente. Aunque lo lógico es que fuese así, al ser más fácil para el autor relacionar la filosofía de los brahmanes con un pensamiento que él conocía y con el que había ciertos puntos de contacto. Lo significativo es que el de Astipalea, como sus compañeros, intentara comprender con su mentalidad de griego los nuevos horizontes que se abrían ante sus ojos. Todo ello se vio reforzado porque Onesícrito, por muy miembro que fuese de la escuela cínica, no dejaba de ser un griego que escribía para un público griego, que tenía interés en aquellas viejas cuestiones que les eran conocidas. Pero al retrotraer a la India, el fin del mundo, las doctrinas de la escuela cínica, también aumentaban su prestigio entre sus posibles lectores<sup>116</sup>.

Aristóbulo refleja mejor que los anteriores la influencia de los sabios entre la población (ESTRABÓN XV 1.61). Nearco es el primero de los compañeros del rey que distingue entre las distintas clases de sabios hindúes. Aquellos que servían a los monarcas indios como consejeros y los que se dedicaban al estudio de la naturaleza. Una división que es considerada correcta.

Megástenes precisa aún más la distinción de Nearco cuando nos da los nombres de esos dos grupos: «*a unos los llama brahmanes y a otros sarmanes*» (ESTRABÓN XV 1.59). Los primeros serían los ascetas que se encontraron Alejandro y sus compañeros, que practican la abstinencia y no hacían partícipes de sus enseñanzas a las mujeres. Los segundos serían médicos y consejeros de los reyes (ESTRABÓN XV 1.60). Esta distinción queda confirmada en la célebre inscripción del rey budista Asoka<sup>117</sup>.

## LA ALTERACIÓN DEL ESPACIO

Ya hemos dicho que autores como Eratóstenes y Estrabón criticaron la *kolakeía* (adulación) de los historiadores de Alejandro por enaltecer la gloria de su rey. De ser esto cierto deberíamos entender que se hizo con el beneplácito del macedonio, el mismo macedonio que actualmente sigue recibiendo elogios de investigadores de todo el mundo por haber ayudado desinteresadamente a acrecentar el conocimiento del espacio geográfico que se tenía en su época.

La primera acusación sería haber pensado que el mar Negro y el Caspio eran un mismo mar interior. Pero es muy posible que este error no fuese intencionado. La segunda acusación es el haber suprimido el Cáucaso Pónico adrede. Esto fue lo que hizo Clitarco. Lo cual le obligó a reestructurar buena parte del espacio geográfico conocido hasta ese momento teniendo que juntar pueblos que vivían mucho más lejos de lo que lo estaban en su obra. El error queda atestiguado en dos pasajes de Estrabón:

«*Los que han reducido el istmo tanto como Clitarco, que dice que está inundado por uno y otro mar, ni siquiera deberían ser mencionados*» (XI 1.5).

«*Clitarco dice que Talestris, partiendo desde las Puertas Caspias y el Termodonte, fue a encontrarse con Alejandro, pero resulta que desde el territorio caspio al Termodonte hay más de seis mil estadios*» (XI 5.4).

---

116 ALBADALEJO VIVERO, M., *op. cit.*, Polis 15, 2003, p. 14.

117 DIHLE, A., «The conception of India in Hellenistic and Roman literature», en *Antike und Orient. Gesammelte Aufsätze*, Heidelberg 1984, p. 95.

Al parecer, fue Clitarco quien habría reducido la distancia que separaba el mar Caspio del mar Negro hasta crear un istmo muy estrecho, lo cual explicaría cómo pudieron las amazonas acudir al encuentro del rey en Hircania (Q. CURCIO VI 5.24-25). Clitarco, por tanto, escribe una geografía literaria adaptada a su creencia en el dominio universal de Alejandro<sup>118</sup>.

El istmo quedaba temporalmente inundado por las aguas, de tal modo que el Caspio y el Euxino pasaban a formar un único mar<sup>119</sup>. Era una manera muy original de complacer a quienes, como Policlito de Larisa, pensaban que ambos mares estaban comunicados; y solucionar el paso de las amazonas a Hircania. No es sorprendente, por tanto, que algunos historiadores le atribuyan la invención de esta entrevista que tuvo lugar en las proximidades del mar Caspio<sup>120</sup>. Encuentro del que, si bien no se duda que fue ficticio, ha sido reinterpretado recientemente por varios historiadores<sup>121</sup>.

La consecuencia de todo esto es que los pueblos que moraban la orilla del Ponto Euxino son trasladados al mar Caspio (Q. CURCIO VI 4.16-18). No son únicamente los pueblos colindantes al Ponto Euxino los que se ven afectados, lo mismo les ocurre a las altas satrapías (Aracosis, Media y Bactriana). Según se deduce de las fuentes, Clitarco habría pensado que la satrapía de Aracosis se encontraba junto al mar Negro (Q. CURCIO VII 3.4.) cuando realmente ocupa la región del actual Afganistán. El error se ve confirmado cuando dice que los vientos del Ponto Euxino alcanzan los desiertos de arena de la Bactriana<sup>122</sup>.

Este continuo desplazamiento de los pueblos de Asia al norte, tiene varias consecuencias: 1) La disminución de la luz solar; 2) Los montes Ripeos, que marcaban la tradicional frontera septentrional del mundo, desaparecen<sup>123</sup>, ocupando su lugar la zona al norte de Parapamísadas; 3) El aumento de las bajas temperaturas.

La naturaleza inhabitable de esta zona (Q. CURCIO VII 3.7) es confirmada por el historiador latino: «*Viven en las zonas más próximas al Septentrión; a partir de allí se extienden bosques impenetrables y amplias regiones desérticas. Por el contrario, las zonas situadas hacia el Tanais y Bactro no son hostiles a un asentamiento humano*»<sup>124</sup>. Tal era el frío que soportaban los soldados macedonios, que tuvieron que pagar cantidades astronómicas por la comida y cuando no pudieron comprarla tuvieron que comerse las bestias de carga (Q. CURCIO RUFO VII 4.24-25).

Clitarco, independientemente de si participó en la destrucción del Imperio Persa, escribió después de la muerte de Alejandro. Por lo que no se pueden achacar los errores geográficos que se detectan en su obra al macedonio directamente. Sin embargo, la geografía literaria de Clitarco habría nacido intentando conciliar la obra de Policlito de Larisa con una idea muy extendida

---

118 GOUKOWSKY, P., *Essai sur les origines du mythe d'Alexandre. I. Les origines politiques*, Nancy 1978, 159ss.

119 Q. CURCIO VI 4.19.

120 HAMMOND, N. G. L., *op. cit.*, p. 19.

121 Recientemente el encuentro de Alejandro con las amazonas ha sido considerado como un símbolo de la política racial del macedonio. El hijo nacido de la unión de la amazona y de Alejandro venía a significar la fusión entre los griegos y los asiáticos. DAUMAS, M., «Alexandre et la reine des Amazones», *REA* 94, 1992, p. 347-354; DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J., «Entre mito e historia: Alejandro y la reina de las Amazonas», en *Alejandro Magno. Hombre y mito*, Madrid, Actas 2000, p. 171-198.

122 Q. CURCIO VII 4.27-28.

123 Aunque Heródoto no los menciona en su obra, un contemporáneo suyo como el geógrafo Damastes de Sigeo (*fr.* 1) sí lo hizo. Siguen siendo el límite septentrional en el tratado hipocrático *Sobre los aires, aguas y lugares* 19.8 y en Aristóteles, *Meteorológicas* 350b.

124 Q. CURCIO VII 7.4.



Todos estos lugares tenían relación con los héroes troyanos con los que Alejandro estaba emparentado a través de su madre, Olímpíade. La casa real del Épiro decía orgullosamente que procedía de Moloso, hijo de Pirro y de Andrómaca, por lo que el macedonio tenía derecho por partida doble a gobernar estas tierras. Por un lado, al ser descendiente de uno de los conquistadores de Asia, Aquiles, por otro, por estar emparentado con uno de los antiguos reyes del Asia Menor, Eetión, el padre de Andrómaca. En la persona del joven conquistador macedonio, troyanos y griegos quedaban unidos y reconciliados.

Con el beneplácito de Alejandro, Calístenes resituaba lugares con una clara importancia en el imaginario griego para acrecentar los méritos de la conquista. Los macedonios, de este modo, podían presumir de haber estado en el lugar donde fue encerrado Tifón<sup>128</sup>, como más tarde haber descubierto la gruta donde había estado prisionero el titán Prometeo. Un rey al que le gustaba rivalizar con los héroes de la leyenda debía de moverse en un escenario a medio camino entre el mito y la realidad. ¿Qué importancia podía tener alterar el espacio geográfico si con ello se acrecentaba la gloria del monarca?

Un nuevo problema se le presenta al sobrino de Aristóteles cuando tiene que situar pueblos, como los caucones, que Homero (*Iliada* X 429; XX 329) no precisaba dónde habitaban.

*«Respecto a los caucones, de quienes los historiadores dicen que habitaban la costa contigua a los mariandinos hasta el río Partenio y que tenían la ciudad de Tíeo, unos autores afirman que son escitas, otros que son gentes macedonias y otros que pelasgas... Calístenes incluso añadió estos versos en el Diácosmo, poniendo detrás de Cromna, Egíalo y los elevados Eritinos, los versos a los caucones conducía por su parte el hijo intachable de Policles, éstos habitaban en gloriosas casas a orillas del río Partenio.*

*Pues dice que desde Heraclea y la tierra de los mariandinos hasta la de los leucosirios a quienes nosotros llamamos capadocios, se extendían el pueblo de los caucones, en los alrededores de Tíeo, hasta el río Partenio y el de los éneos, que ocupan Cítoro, a continuación detrás del Partenio, y que todavía hoy hay algunos cauconites a orillas del Partenio<sup>129</sup>».*

Aquí nos encontramos con un procedimiento contrario al que anteriormente había empleado en Panfilia. Si antes legitimaba el derecho de su señor sobre estas tierras destacando su vinculación con sus antepasados, ahora demuestra cuán unidos estaban con los invasores, al considerarlos un pueblo macedonio. El nombre de Policles es poco común entre los griegos, en cambio sí esta atestiguado en Macedonia<sup>130</sup>. Lo mismo ocurre cuando sitúa el origen de la riqueza de Cadmo y Midas en el Pangeo y el Bermión (ESTRABÓN XIV 5.28), importantes lugares de Macedonia.

Estrabón (XIV 5.28. Cf. XIII 1.45) reconoce que Calístenes realizó algunas falsificaciones, como la ocurrida con el pueblo de los halizones, que aparecen mencionados por Homero (*Iliada* II 856) en el catálogo de los pueblos troyanos.

---

128 La alusión a Tifón no es casual pues también es mencionada por Homero en la *Iliada* II 781-3. Aunque el lugar donde fue encerrado Zeus se situaba cerca de Cilicia, no ocurría lo mismo con el caso de Tifón, que era generalmente situado en el Etna (APOLODORO I 6.3). Cf. ESTRABÓN XIII 4.6.

129 ESTRABÓN XII 3.5. Sobre dicho texto cf. BURSTEIN, S. M., «Fragment 53 of Callisthenes and the Text of Iliad 2. 850-55», *CPh* 71 (4) 1976, p. 339-341.

130 Entre los miembros del ejército macedonio hay un tal Policles que llegó a luchar contra los etolios (DIODORO XVIII 38). Cf. BERVE, H., *op. cit.*, II, Múnich 1926, n° 652, p. 324-325.

Los pasajes de Estrabón en los que se mencionan la tumba de Aquiles y Patroclo<sup>131</sup> o el puerto de los aqueos<sup>132</sup> también debió de tomarlos de Calístenes. No hay, en cambio, la menor duda en lo concerniente a los léleges, que es el nombre que los griegos daban a los pueblos prehelénicos y en la epopeya homérica formaban parte de los aliados de los troyanos<sup>133</sup>. En la *Ilíada* (VI 35; XX 90-2; XXI 86-8) Aquiles saqueó su capital, Pédaso. El pueblo de los léleges había sido relacionado en otras ocasiones con los carios. Calístenes volvía a hacerlo, pero no de forma casual, puesto que los carios eran aliados de los macedonios. Sobre su reina Ada, se decía incluso que había adoptado a Alejandro (PLUTARCO, *Alex* 22.8). Al aumentar la legitimidad de los carios sobre estas tierras como herederos de los léleges, indirectamente Calístenes aumentaba la autoridad de los macedonios al ser éstos sus aliados.

Como se ha podido ver los casos más claros de manipulación corresponden a autores como Calístenes y Clitarco, los padres de la denominada Vulgata. El último escribió durante el reinado de Ptolomeo I Soter y el primero fue el historiador oficial de Alejandro Magno. Al contrario que lo ocurrido con Policlito, no hay posibilidad alguna de que no haya sido intencionado. Pero lo significativo es que el primer precedente de alteración del espacio para enaltecer el ego de un monarca ocurrió con Alejandro de Macedonia, aquel a quien se elogia por haber ampliado el conocimiento del orbe.

## CONCLUSIÓN

Cuando aconteció la conquista de Asia Menor por parte de los macedonios, fue presentada como una segunda toma de Troya: Alejandro desembarcó el primero como Protesilao (DIODORO XVII 17.2-3; ARRIANO I 11.5); visitó la tumba de Aquiles y Príamo (PLUTARCO, *Alex* 15.7-8; ARRIANO I 12.1-2); realizó sacrificios en honor de Anfíloco (DIODORO XIV 5.17). No fue casualidad que Calístenes trasladase algunos pueblos de la epopeya homérica para hacerlos coincidir con la ruta que tomaba el ejército. Todos los que formaban parte del ejército estaban reviviendo de manos de rey los poemas de Homero. Lo mismo ocurrió en la India. El rey estaba convencido de haber encontrado las huellas de Diónisos y Heracles. Lo hizo porque estaba predispuesto a ello, como había ocurrido ya en otras ocasiones, pero lo importante es que los macedonios no dudaron de la palabra de su monarca. No lo hicieron, no sólo porque controlase la información que entraba y salía de su campamento<sup>134</sup>, o porque estuvieran convencidos de su divinidad, sino porque como rey macedonio, también era el máximo sacerdote y tenía la última palabra con respecto a las cuestiones religiosas.

Llegados a este punto, hay que concluir que si Alejandro tenía el monopolio de la propaganda, de la información geográfica y de las creencias religiosas, fue también el responsable de muchos de los errores que se produjeron a lo largo de la campaña, como confundir el Nilo con el Indo, el Tanais con el Yaxartes, el Caspio con el mar Azov o el Cáucaso con el Hindukush. No hay la menor duda de que muchas de las decisiones que se tomaron fueron discutidas previamente con algunos expertos o con la cúpula militar, pero la última palabra era la suya. Pero contrariamente no puede decirse que las opiniones de Alejandro fuesen impuestas en sus geógrafos, pues todos ellos, a excepción de Calístenes, escribieron después de su muerte y mantuvieron

---

131 ESTRABÓN XIII 1.32.

132 ESTRABÓN XIII 1.31.

133 *Ilíada* X 429; XX 96.

134 Q. CURCIO VII 2.36; DIODORO XVII 80.4.

opiniones distintas entre ellos<sup>135</sup>. Sin embargo, cuando nuestras fuentes presentan un problema que afectaba al seno de la expedición macedonia, nos muestran al rey tomando decisiones. En el caso de la identificación del Nilo con el Indo, Nearco hizo que fuese Alejandro el que desarrollase la teoría de que eran el mismo río. Poco importa que la historia tal y como la cuenta Nearco fuese o no cierta, lo importante es que para Nearco era algo natural que deliberaciones como estas pasasen por el rey. Por lo tanto, las acusaciones de haber alterado el espacio por motivos propagandísticos o de haber llevado a Diónisos y Heracles a la India deben de atribuirse a Alejandro de Macedonia y no al grupo de escritores que plasmaron sus hazañas después de su muerte, describiendo una realidad espacial, que él alteró para sus propios fines.

La φιλοτιμία (amor por la gloria) de Alejandro no fue el único problema con el que tuvieron que enfrentarse estos autores. Fueron los primeros geógrafos que se vieron obligados contraponer la geografía literaria fijada por la tradición con el conocimiento geográfico adquirido por su propia autopsia. Sin embargo, y pese a que en determinadas cuestiones corrigieron a sus antecesores, en la mayoría de las ocasiones se mantuvieron fieles a las historias anteriores. Los motivos de este hecho pueden ser varios: 1) Escribieron para un público griego que quería escuchar las viejas historias de siempre 2) La carencia de formación de algunos de ellos hizo que su dependencia con el legado cultural fuese mayor, para demostrar que no carecían de la instrucción necesaria y obtener legitimación como escritores válidos 3) La ascendencia de Aristóteles sobre ellos, ya fuese directamente (Calístenes, Nearco, Ptolomeo) o indirectamente (Aristóbulo y Policlito) fue importante, aunque no les impidiese, en ocasiones, diferir de lo dicho por el Estagirita (Elefantes; Terremotos) 4) Dos de los autores con mayor peso en la geografía literaria, como Homero y Heródoto, fueron libros de cabecera de Alejandro Magno<sup>136</sup>. Alejandro ensalzó a Homero, y tuvo una copia de la *Ilíada* siempre con él. El escudo de Aquiles, que tomó en Troya<sup>137</sup>, fue el único «mapa» del que verdaderamente tenemos constancia que fuese utilizado. Homero, no sólo fue el poeta de Alejandro, fue su geógrafo. En cuanto a Heródoto, es opinión común que fue conocido por los intelectuales que pululaban por la corte de Macedonia gracias a un epítome que hizo Teopompo de Quíos, por encargo del rey Filipo II (Cf. JACOBY *FGrH* 115 T 1.4; 115 F 4.2). Además, sus teorías habrían ganado peso sobre otros geógrafos al certificarse que tenía razón al defender la existencia de mares interiores o al negar que el Océano estuviese tan próximo a la India.

Pese a aportar su propia experiencia para resolver viejas cuestiones (la naturaleza de los elefantes, el origen de los terremotos y de las crecidas del Nilo, etc.), no se atrevieron a emplearla para desterrar de la geografía todos aquellos elementos sobrenaturales o fantásticos que la caracterizaban en aquel período. Ni siquiera pudieron desterrarlas a otro lugar, lejos del mundo griego, como ocurrió durante las colonizaciones, porque no había tierra nueva más al este, la India era la tierra de los confines por excelencia. La opción habría sido reinventar la tradición geográfica clásica rechazando sus viejas historias y el concepto de límite del mundo,

---

135 Onesícrito defendía la existencia de hipopótamos en el Indo, Aristóbulo negaba que el Yaxartes y el Tanais fuesen el mismo río, Policlito pensaba que la laguna Meótide y el Caspio eran el mismo mar interior, etc.

136 AMELING, W., «Alexander und Achilleus: Ein Bestandsaufnahme», en *Zu Alexander d. Gr. Festschrift G. Wirth*, II, Amsterdam 1988, p. 657-692; BADIAN, E., «Greeks and Macedonians», en *Macedonia and Greece in Late Classical and Early Hellenistic Times*, Studies in the History of Art 10, Washington 1982, p. 33-51.

137 ARIANO VI 9.3; DIODORO XVII 21.2. Cf. HAMMOND, N. G. L., *Alejandro Magno, rey, general y estadista*, Madrid, Alianza 1992: «lo que quizá tuviera para él, el mismo significado que un pedazo de la Cruz podía haber tenido para un cruzado» (p. 230).

donde se concentraba lo paranormal o pasar a formar parte de la larga cadena de los errores del pensamiento griego. En su favor habría que decir que estos seres no sólo desempeñaban un rol exótico, servían para conformar y definir la alteridad desde los más remotos tiempos del pensamiento griego, obviarlos implicaba poner en cuestionamiento todas las bases ideológicas de su cultura. Un paradigma tiene que ser sustituido por otro para dejar de tener vigencia, y en aquel momento las decadentes ciudades estado no habían generado ninguno lo suficientemente válido y fuerte. Moldear algo que no fluye en la corriente en la que discurren los hechos sociales, crear *ex nihilo*, es algo fuera del alcance de la mayoría de los intelectuales; los geógrafos de Alejandro no fueron una excepción. Obviamente lo sobrenatural no sólo no desapareció, sino que hasta pareció incrementarse, siendo la India la cuna de todas las maravillas<sup>138</sup>.

Lo verdaderamente significativo de estos autores es que son la prueba fehaciente de que la tradición podía tener un peso mucho mayor que la autopsia en el pensamiento antiguo. Podrían haber contado las cosas tal y como ocurrieron y las vieron, pero entonces ¿quién les habría creído? La Grecia del siglo IV a.C. sumida en tantos debates inconclusos (*nómos vs phýsis*; cultura oral vs escrita; revolución vs concordia; individuo vs comunidad) todavía seguía creyendo que había una parte del conocimiento que no procedía de la experiencia, sino que era heredado, transmitido.

Su incapacidad para mutar la tradición resulta aún más llamativa si la comparamos con los recursos y las habilidades de Alejandro para el mismo propósito. El macedonio, como hemos defendido, provocó por sus deseos de gloria importantes errores en la relación entre el hombre y el espacio en los siglos sucesivos (cf. *Supra*. p. 148-152), pero, aún así, pudo alterar la tradición geográfica cuando así lo deseó en su propio beneficio. Si anteriormente el individuo tenía dificultades para conseguir alterar las creencias de una sociedad abierta, ahora observamos cómo las grandes personalidades tienen la capacidad para agilizar estas transformaciones o para ralentizarlas, puesto que, después de Alejandro, los grandes representantes estatales tuvieron los recursos para facilitar el trabajo de quienes les favorecían y de obstaculizar las investigaciones de quienes disientían de la autoridad gubernamental. Alejandro es el punto de inflexión de la dependencia del intelectual griego frente al monarca helenístico.

Estas circunstancias imposibilitaron que pudiese concebirse una forma nueva de hacer geografía. Tendremos que esperar a Eratóstenes para que la geografía científica florezca. No obstante, sí hubo un aspecto geográfico, en cierto modo, novedoso en sus obras y que es una consecuencia directa de las conquistas de Alejandro. La geografía que escribieron dejó de ser regional, ya no tenía su centro en el mundo griego, como en Tucídides, siendo sustituida por otra geografía más semejante a la de Heródoto que describía un nuevo mundo, ensanchado hasta tal punto que los viejos conceptos de centro, periferia y confines tendrían que ser reinterpretados para no ser abandonados. El siguiente paso después de este aumento de la *oikoumene* era medir el mundo, pero eso fue algo que tuvieron que intentar los geógrafos del mundo helenístico.

---

138 Cf. JACOB, Ch., «L'inde imaginaire des géographes alexandrins», en *Inde, Grèce ancienne. Regards croisés en anthropologie de l'espace*, París 1995, p. 61-80; 71ss, señala que pese a sus críticas Estrabón compartió la misma fascinación que los geógrafos de Alejandro por las maravillas de la India, siendo esta región un verdadero talón de Aquiles para el racionalismo geográfico de Alejandría (p. 75), pues pese a la cantidad de información que fluyó tras la expedición no acabó con la imagen tradicional de país de los confines (p. 76).